

REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica 1928 Sábado 1º. de Diciembre

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO

La emancipación económica de Costa Rica como problema típico continental.....	Juan Sánchez Azcona	Valores intelectuales que prestigian el Apra.....	Jorge Cardona
Sueño blanco.....	Rafael Estrada	Aristocracia y decadencia.....	Rafael Cardona
En El Salvador hay censura.....		José Martí (y 3).....	Santiago Argüello
Página lírica.....	Max Jiménez	En vial para la América Latina.....	
Carta abierta.....	A. C. Sandino	El Dr. Tijerino nos hace unas preguntas.....	
		Ellas y Pestalozzi.....	Maria Luz Morales

La progresista República de Costa Rica, modelo de democracia, está decidida a dar un paso trascendental y definitivo en el camino de su emancipación económica, negándose a renovar el famoso convenio Soto-Keith, que se refiere a la concesión de un impuesto privilegiado sobre la exportación de la banana, en favor de determinadas compañías fruterías norteamericanas.

Dicho convenio, concertado bajo fuerte e irresistible presión del capitalismo neoyorquino en consorcio con la política imperialista de Washington, expira en el año 1930, y desde ahora las compañías privilegiadas por él han iniciado activas gestiones para prorrogarlo en el porvenir, a fin de seguir obteniendo los fabulosos beneficios que les proporciona; pero el gobierno, poderosa y firmemente respaldado por la opinión pública, ha declarado de una buena vez que por ningún motivo renovará el privilegio y que una vez vencido el plazo del convenio vigente, las compañías tendrán que pagar los impuestos comunes, quedando en todo equiparadas a los productores particulares, que en su casi totalidad son costarricenses.

A primera vista, tal decisión parece lo más natural del mundo, y nadie se atrevería a poner en tela de juicio el pleno derecho que asiste a Costa Rica para tomarla. Pero, en el terreno de la realidad y de la práctica, esa natural decisión va a ofrecer muchos interesantes puntos de observación y de experimentación, si se toman en cuenta los diversos factores que concurren en el asunto.

La producción y la exportación de la fruta —plátano, en primera línea— es la fuente básica de la balanza comercial de Costa Rica, y sin ese recurso la pequeña nación apenas podría cubrir sus más indispensables y apremiantes necesidades vernáculas. Esa fuente ha logrado en los últimos tiempos un desarrollo extraordinario y representa un grueso volumen de capital en movimiento. Pero el auge se debe, en principalísima parte, a las inversiones cuantiosas de las compañías norteamericanas hoy privilegiadas, las cuales, además de labrar por su cuenta grandes extensiones de tierras, han ensanchado y asegurado los mercados consumidores y han organizado los medios de exportación, para lo que disponen de toda una flota marítima.

Así pues, el problema se presenta en es-

La emancipación económica de Costa Rica como problema típico continental

= De *El País*. Habana =

ta forma: ¿mantendrán las compañías abiertos los mercados de consumo y sostendrán los servicios de comunicación que hoy tienen implantados, una vez que les hayan sido retirados los privilegios de que actualmente disfrutaban?

La decisión de Costa Rica parece tan firme, que desprecia el peligro de ver disminuir los mercados de sus productos, con tal de obtener su emancipación económica. ¿Podrá lograrla?

La penetración económica en los países hispanoamericanos y el acaparamiento de sus respectivos productos de principal valía, es en nuestros tiempos la forma más palpable del imperialismo norteamericano. Es erróneo, en mi concepto, suponer que los Estados Unidos tiendan a aumentar su poderío con la adquisición de nuevas extensiones territoriales. No las necesitan ni les conviene complicar sus ya nacies conflictos de razas amparando bajo el pabellón de las barras y las estrellas a nuevos factores étnicos susceptibles de turbar en los tiempos la armonía psicológica de su pueblo. Pero sí aspiran a ser los árbitros y señores de toda producción remuneradora por lo pronto en el continente americano y más tarde... ya verán. Para lograrlo se sirven de la incesante penetración de sus inigualados capitales en las naciones del continente que producen algo que tiene demanda y es bien pagado en los mercados. Eso y el aseguramiento de las vías de comunicación, para dominarlas ellos, son los actuales y siempre latentes motivos de recelo entre las dos grandes razas del continente.

Con ese dominio económico sobre las materias primas de gran consumo, los norteamericanos logran por doquiera una influencia efectiva que, a las veces, hasta en la polí-

tica doméstica de los países penetrados se advierte. Y éstos, para defenderse, han empezado a apelar a la nacionalización de aquellos productos, para librarlos de la

absorción extranjera que, en el caso de la América española, es principalmente la norteamericana.

Donde el capital neoyorquino encuentra influencia ya establecida de otros capitales europeos, se detiene un poco en su penetración, pero se esfuerza por ir expulsando a esos capitales y parece que viene lográndolo, especialmente después de la gran guerra.

No por procurar el acaparamiento de los productos de gran consumo descuidan los norteamericanos la producción de ellos en sus propias tierras, hasta donde la naturaleza se los permite. Tal han hecho con ciertas fibras y con otros productos del suelo, y apenas logran producirlos, echan mano de las tarifas y de los aranceles para proteger su propia producción y, naturalmente, no les importa arruinar a sus antiguos clientes en cuanto no necesitan ya de su producción. Por manera, que la tendencia de los gobiernos hispanoamericanos, de ir nacionalizando su producción remuneradora en provecho de los nativos, tiene una evidente y muy justificada razón de ser.

El producto varía, pero el procedimiento no. Trátese de petróleo, de frutas, de azúcar, de ganados, de salitre o de metales preciosos o simplemente de extenso aprovechamiento industrial, el capital neoyorquino aparece, penetrando siempre. Y lo grave del caso, lo más grave, es que, cuando tropieza con serias defensas técnicas de orden económico, procura apelar a la intriga y a la fuerza con mayor empuje y desparpajo mientras más débil supone al país que en el caso le interesa.

Por eso, el actual problema económico de Costa Rica debe ser considerado y observado como un problema típico continental.

Ante la manifiesta actitud de Costa Rica, las compañías fruterías, valiéndose de la fuerza ubícu y multiforme de Wall Street, van a empezar a llamar la atención de la Casa Blanca, pidiéndole defienda «intereses creados de norteamericanos en el extranjero», fórmula consagrada para disimular injustificables intromisiones. Si en la actual campaña presidencial de los Estados Unidos triunfan los republicanos, no va a ser du-

dosa la *protección* del gobierno norteamericano a las compañías fruteras que trafican en Costa Rica, y no es imposible que pronto sepamos que en la pequeña república, modelo de democracia para Hispanoamérica, nación laboriosa, pacífica y quieta, empiezan a apuntar esas inquietudes y esos desasosiegos de aparente política interna, que dividen a los nacionales y degeneran en luchas intestinas para ruina de la nación y provecho de inversiones norteamericanas.

Es procedimiento experimentado y expedido. Ahí están, para comprobarlo, los elocuentes ejemplos de México, de Nicaragua, de Haití, de Santo Domingo.

Las naciones que tienen capital propio, dinero listo para ser invertido en empresas nacionales y para preservar la riqueza doméstica de caer en manos de extranjeros, no deben adormecerse y retardarse en hacerlo, pues posiblemente llegue el momento en que su acción sea tardía e infecunda.

Un turista intelectual, de gran inteligencia, que está recorriendo la América nuestra, Tristán Marof, subdivide en cuatro frases la influencia de la otra raza, en materia económica sobre la nuestra.

Dice que el fenómeno económico de los Estados Unidos, tiene estas facetas: 1ª.—En México y Centro América, donde la política imperialista es desarrollada desembozadamente en forma de presión e intervención. 2ª.—En las Antillas y en el Caribe, donde el capital yanqui parece incontrolable. 3ª.—En el Pacífico, donde inicia su intromisión precipitadamente, apoyado por los gobiernos reaccionarios; y 4ª.—En la costa «atlántica», en Brasil, en la Argentina, —(yo agregaría, en Chile)—donde se reduce por lo pronto a batir el capital inglés. Agrega Marof, que en esas cuatro diversidades, el procedimiento formal es diverso, pero la finalidad es la misma. Dice, además, que no es posible aplicar una sola receta preservativa y para toda nuestra América; pero que tampoco podríamos negar el peligro común para todos.

Esto es muy cierto, y todos debemos tenerlo constantemente a la vista, sin que, en ningún caso y con ninguna disculpa, podamos exculparnos de responsabilidades a la hora del balance final de las razas ameri-

Juan Sánchez Azcona

En El Salvador hay censura

=Dos notas editoriales de *Patria*, diario de la tarde que en San Salvador, dirige nuestro amigo Alberto Masferrer.=

Palabras cordiales.—Se las queremos decir al doctor Napoleón Velasco, que fué durante unos seis meses dueño de nuestros pensamientos, en su carácter de *Censor de la Prensa*.

Ese es un empleo terrible, y casi no creemos que nadie pueda desempeñarlo sin causar grandes sinsabores a quienes ejercen honorablemente el periodismo. A nosotros el doctor Velasco nos los causó muy grandes: tanto, que más de una vez nos dimos a pensar si no había llegado la hora de coger nuestro báculo, e ir a buscar trabajo y paz a una tierra más benévola y más penetrada de lo que se debe a quienes dicen su palabra con sinceridad y ecuanimidad. Fueron esas horas amargas, preñadas de tiranía por una parte y de rebeldía por otra, conflictos que amenazaban resolverse en tempestades, de las cuales, sin duda, nuestro diario no habría salido indemne.

Pues bien, estamos convencidos de que el doctor Velasco suavizó hasta más no poder los rigores de la Censura, y de que su educación literaria y su posición de hombre de sociedad y de leyes, fueron atenuadoras constantes de la rudeza y de la acritud

Sueño blanco

(Del inglés)

Sintió, a la media noche, en el desvelo de la fiebre mortal, el pobre niño, que un ángel lo cubría con un velo y le decía «Duerme», con cariño.

El niño se asombró, pero al instante le dijo el ángel: «Duerme, no te inquietes»; y le mostró, solícito, el estante donde guardaba siempre sus juguetes.

Tranquilo los miró desde su cuna y les dijo: «No me hagáis bulla alguna, haced silencio hasta que yo despierte».

Y los juguetes, hoy en el olvido, todavía preguntan qué habrá sido del niño azul, que se llevó la muerte.

Rafael Estrada

Costa Rica. Diciembre, 1928

canas. Quizás la clasificación de Marof no sea perfecta, y, por mi parte, no me atrevería a adherirme a ella de una manera plana y completa. Pero sí creo que, en todo caso, está muy aproximada a la verdad, y que todos los pensadores de nuestra América—(ay, Martí!)—debiéramos tenerla presente para normar los actos de nuestra vida política y comercial, siempre que queramos tener presente la obligación moral que tenemos para con nuestras patrias, por el sólo hecho de haber nacido en ellas.

Los meses próximos van a demostrar cómo está la ética norteamericana con respecto a las actitudes de los países pequeños de la América española. Costa Rica no es una fuerza, ¡pero sí un símbolo. Fijémonos en Costa Rica y estemos con ella de todo corazón, ya que siempre ha sabido ser un orgullo de la familia hispanoamericana, tanto en la teoría como en la realidad.

Y si el Coloso se aventura a zaherir a la Paloma, dentro de nuestras posibilidades, pero también, sin cobardías ni vacilaciones, ni mezquinos apetitos, procuremos estar siempre del lado de la Paloma...

damos, ahora, a esa conducta del doctor Velasco, verdaderamente difícil, y sólo comparable con la actitud de un león que, pudiendo destrozarnos de un zarpazo, se contentara con rasguñarnos ligeramente la piel, y eso, no de propósito, sino porque una garra es siempre una garra, y es imposible que su contacto, hasta el más suave, no deje la huella de sus uñas.

Gracias, doctor Velasco.

El nuevo Censor.—Vino a visitarnos el nuevo Censor, don Arturo H. Lara. Vino gentilmente a ponerse a nuestras órdenes, y a pedirnos que le ayudáramos a cumplir los difíciles deberes de su cargo.

Nos encantan las maneras elegantes y caballerosas, tanto como nos horripilan los portes jayanescos de quienes reputan como virtud la brutalidad, y se imaginan que patanería y franqueza son la misma cosa. Viendo y escuchando a don Arturo H. Lara, ahí frente a nosotros, honrándonos con sus cortesías, recordábamos embelesados aquellas gentilezas del Mariscal de Turena y del Gran Condé, cuando, una vez, al ir a comenzar una batalla, se adelantó uno de ellos, con el gran sombrero de plumas bariendo el suelo, y le dijo al rival formidable y a su séquito: «Caballeros, sean ustedes servidos de disparar los primeros».

En este comienzo de batalla entre el nuevo Censor y nosotros, el caso no es igual, porque sólo él tiene la prerrogativa de disparar, mientras que a nosotros sólo nos queda el triste recurso de callar o de pagar las multas.

Pero lo mismo da: le agradecemos la cortesía a don Arturo H. Lara, y querríamos de muy buena gana, correspondérsela, ayudándole a cumplir sus terribles deberes. ¡Si fuera posible...! Pero no lo es, por desgracia: no lo es, porque nosotros tenemos también deberes, sino terribles, imprescriptibles, y cuya severidad y alteza no nos permiten ninguna desviación del camino que ellos nos señalan. Y resulta que los deberes del señor Censor y los nuestros, son anti-téticos: los de él consisten en hacernos callar; los nuestros en hablar. Y si en la esfera de las oposiciones leves cabe una transacción, un entendimiento, no cabe ninguno cuando surgen las oposiciones graves, cuando el periodista, apremiado, aguijoneado por su conciencia, tiene que hablar, o dejar por lo menos que se vislumbre su pensamiento; salvo consentir voluntariamente en la deshonra.

¿Qué haríamos nosotros para no ser menos gentiles que el nuevo Censor? Se nos ocurre que podremos ceder en todo lo que no sea de carácter muy grave; en todo aquello en que callarse no sea infame.

Y, justamente para merecer su estimación, hablar cuando el deber lo imponga; cuando el silencio pueda juzgarse con razón como un delito, como una vergüenza. Y en tales casos, arrostrar las consecuencias, y pagar las multas. En el evento, le agradeceremos al señor Censor,—ya que él es la escopeta y nosotros la liebre,—que no nos tire con bala raza sino con perdigones.

Deveras le deseamos al señor Lara que acierte en este cargo tremendo que ha comenzado a servir. Y a él, y a todos los hombres de inteligencia y de corazón que hubiere en el país,—si los hubiese,—les deseamos una hora de visión clara y voluntad serena, para que nos pongamos entre todos a buscar una fórmula de conciliación, una ley, lo que sea, que ponga a salvo las necesidades del Gobierno en cuanto a mantener el orden público,—que es indispensable,—y que ponga a salvo la necesidad y el derecho de la nación, de pensar libremente, que también es indispensable, necesario, vital.

(Edición del lunes
12 de noviembre de 1928).

Página Lírica

de Max Jiménez

Llanto de estrellas

Simple la historia,
dos hombres llevan una ataúd.

Simple la historia:
en la casucha
vivió diez años,
palideció y palideció,
agitó los bracitos
y de la muerte
se abrazó.

Blanco contraste,
de noche negra
dos hombres llevan blanco ataúd.

Llovizna plata
llanto de estrellas...

Mi escultura *El Beso*

Los uní para siempre en la eternidad de un
beso,
no existirá para ellos la cruel posteridad.

Para siempre sintiendo del mundo el palpitar
en un beso
no pasarán por las crueldades del forzoso
[olvidar.

Fué capricho de estética esa eterna ilusión
de un beso,
unidos para siempre en perpetua pasión.

No sentirán las horas en su eterna corriente
porque un beso
es sin confin remanso que hace al agua
[la fuente.

Si fuéramos nosotros capricho de escultor!
y en un beso
fundirnos con la amada en un eterno amor...

Un misterio

Dios te salve María,
un murmullo,
un pensamiento
triste.

Todas de luto,
todas hincadas.

Dios te salve María,
un murmullo,
se recuerda
una pena.

Una pupila roja,
cae una lágrima.

Dios te salve María,
un murmullo,
corren las cuentas
del Santo Rosario.

La imagen también parece
estar triste por lo pasado.

Dios te salve...
se eleva un nuevo misterio,
Padre Nuestro...

Mis campanas

Mis campanas
son suaves,
son tristes,
acaso campanas que dicen adiós...

Y en el horizonte,
al gemir del angelus
agonizan grises,
se deshojan rojos,
se marchitan oros.

Mis campanas
son suaves,
son tristes,
no sé de campanas de resurrección.

Cuando doblan sobrio
siento que la vida
pesa mucho, mucho...
y al vibrar los bronces
el alma se inclina
bajo su oración.

Mis campanas
son suaves,
son tristes,
no saben de gloria, dicen simplemente adiós...

Constelaciones

Hacer del amor una sola vía
y que por la vida sea nuestro guía.

Que amor y conciencia se tiendan la mano
y llegar al sentido de todo lo humano.

Y como el rosal que da espina y flor
germinar de esperanza todo dolor.

Como la estrella que brilla en lo negro
sea el optimismo nuestro alegre.

Recordar que la noche es hermana del día
y que tras la tragedia sigue la alegría.

De amor y de ciencia labrar un breviario
y hacer que nos sirva para uso diario.

Constelar el amor, la esperanza y la ciencia
y que brillen siempre en nuestra conciencia.

Recordar que el sacrificio tiene forma de cruz
mas, que por todos los tiempos brilla su luz...

Rezan el rosario

A coro responden: Dios te Salve María,
y el alma del muerto a Dios se confía.

De negro vestidas rezan el rosario
y en las manos cierran el devocionario.

Cada diez Salves y un Padre Nuestro
piden justicia al Divino Maestro.

El Santo está triste entre dos candelas,
acaso, sintiendo del mundo las penas.

De negro las almas, de negro el vestido,
a Dios piden gracia por el que se ha ido.

A las lágrimas negras de la oración
se unen cristalizadas las de la emoción.

Y de los labios el suave murmullo
hace a los oídos del creador arrulllo...

Son flores de la tierra que van al creador
para los jardines de Nuestro Señor.

A coro responden Santa María
y el alma del muerto a Dios se confía.

A los nueve días el rezo termina
pues se ha conseguido la Gracia Divina.

La luna...

La luna
está desnuda
bañándose en el mar.

Cada ola
deshoja
una flor.

Las estrellas
son doncellas
con temblor de castidad.

Sobre el cielo
la cordillera
marca un ritmo.

La luna
desnuda
con sus doncellas
las estrellas
está bañándose en el mar.

Los dos bueyes

Están en el camino
víctimas de las leyes,
los cuerpos extenuados
lamiéndose dos bueyes.

Descarnadas las frentes
por el peso del yugo,
raída la osamenta
por el leño verdugo

Tribútanse caricias,
alivio del destino,
lamiéndose dos bueyes
que están en el camino.

Son astros apagados
sus ojos entornados;
estrellas ya sin luz.

Y al recordar de penas
las llagas de la frente
se lamen mansamente...

En verde paz se extiende la llanura...

En verde paz se extiende la llanura
y son recreo a los ojos
los mil caprichos de luz pura
que a trechos manchan la llanura.

Del campo se levantan férreas torres,
retén de invisibles visitantes
que por ondas se llegan palpitantes
hasta el acero hecho encajes que levanta
[torres.

La cordillera se eleva en ritmo azul
y una torre parece que señala una estrella,
acaso un mensaje recibiremos de ella
descorriendo los velos de la existencia azul.

Ajenos los rebaños al arco de colores
y a las voces no vistas de las torres,
pastan la yerba que les da la vida
por la luz de la tarde en púrpura teñida.

He quedado sin ramas...

He quedado sin ramas,
he quedado como árbol
que arrecia el huracán.

Cual hueco de la tierra
que no infunde terror
cual cráter apagado
de histórico volcán.

Cual mástil sin las velas
desnudo de esperanzas:
de osadas carabelas
mástil sin velas blancas.

Cual tronco ya sin brazos
cual árbol sin sus gestos
que azota el vendabal.

San José, Costa Rica.

Carta abierta a los actuales Gobiernos de las quince Repúblicas indohispanas, que aunque amenazadas, todavía no han perdido su soberanía:

México, Guatemala, El Salvador, Honduras, Costa Rica, Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú, Bolivia, Paraguay, Uruguay, Argentina, Brasil y Chile.

A Froylán Turcios.

El Chipotón, 4 de Agosto de 1928

Tegucigalpa

Estimado y respetado Maestro:

Para su publicación en la Revista Ariel y para que después Ud. se sirva mandarla al Licenciado Gustavo Machado, actual Representante nuestro en México, dirijo a Ud. la presente Carta Abierta a los quince Presidentes latinoamericanos que aparecen ante el mundo como representantes de pueblos soberanos e independientes, para que, en su oportunidad, sea publicada en el mayor número de periódicos de nuestro Continente.

Patria y Libertad

A. C. Sandino
(Firmado y sellado)

Señores Presidentes:

Por ser los intereses de esos quince pueblos los que más afectados resultarían si se permite a los yanquis hacer de Nicaragua una colonia del Tío Samuel, me tomo la facultad de dirigiros la presente, dictada, no por hipócritas y falaces cortesías diplomáticas, sino con la ruda franqueza del soldado.

Los yanquis, por un resto de pudor, quieren disfrazarse con el proyecto de construcción de un Canal interoceánico, a través del territorio nicaragüense, lo que daría por resultado el aislamiento entre las repúblicas indohispanas; los yanquis, que no desperdician oportunidad, se aprovecharán del alejamiento de nuestros pueblos para hacer una realidad el sueño que en sus escuelas primarias inculcan a los niños, esto es: que cuando toda la América Latina haya pasado a ser colonia anglosajona, el cielo de su bandera tendrá una sola estrella.

Por quince meses el Ejército Defensor de la Soberanía Nacional de Nicaragua, ante la fría indiferencia de los gobiernos latinoamericanos, y entregado a sus propios recursos y esfuerzos, ha sabido, con honor y brillantez, enfrentarse a las terribles bestias rubias, y a la caterva de traidores renegados nicaragüenses que apoyan al invasor en sus siniestros designios.

Durante este tiempo, señores Presidentes, vosotros no habéis correspondido al cumplimiento de vuestro deber, porque como Representantes que sois de pueblos libres y soberanos, estáis en la obligación de protestar diplomáticamente, o con las armas que el pueblo os ha confiado, si fuere preciso, ante los crímenes sin nombre que el Gobierno de la Casa Blanca manda, con sangre fría, a consumar en nuestra desventurada Niuaragua, sin ningún derecho, y sin tener más culpa nuestro país que no querer besar el látigo con que se le azota, ni el puño del yanqui que lo abofetea. ¿Acaso piensan los Gobiernos latinoamericanos que los yanquis sólo quieren y se contentarían con la conquista de Nicaragua? ¿Acaso a estos Gobiernos se les habrá olvidado que de veintiuna repúblicas iberoamericanas han perdido ya seis su soberanía? Panamá, Puerto Rico, Cuba, Haití, Santo Domingo y Nicaragua, son las seis desgraciadas repúblicas que perdieron su independencia y que han pasado a ser colonias del Imperialismo yanqui. Los gobiernos de esos seis pueblos no defienden los intereses colectivos de sus nacionales, porque ellos llegan al poder, no por la voluntad popular, sino por imposición del imperialismo, y de aquí que quienes ascienden a la Presidencia, apoyados por los magnates de Wall Street, defenderán los intereses de los banqueros de Norte América. En esos seis desventurados pueblos hispanoamericanos sólo habrá quedado el recuerdo de que fueron independientes y la lejana esperanza de conquistar su libertad mediante el formidable esfuerzo de unos pocos de sus hijos que luchan infatigablemente por sacar

a su patria del oprobio en que los renegados la han hundido.

La colonización yanqui avanza con rapidez sobre nuestros pueblos, sin encontrar a su paso murallas erizadas de bayonetas, y así cada uno de nuestros países a quien llega su turno, es vencido, con pocos esfuerzos por el conquistador, ya que, hasta hoy, cada uno se ha defendido por sí mismo. Si los gobiernos de las naciones que van a la cabeza de la América Latina estuvieran presididos por un Simón Bolívar, un Benito Juárez o un San Martín, otro sería nuestro destino; porque ellos sabrían que cuando la América Central estuviera dominada por los piratas rubios, seguirían en turno México, Colombia, Venezuela, etc. ¿Qué sería de México si los yanquis lograran sus bastardos designios de colonizar Centro América? El heroico pueblo mexicano nada podría hacer, apesar de su virilidad, porque estaría de antemano acogotado por la tenaza del Tío Samuel, y el apoyo que esperara recibir de las naciones hermanas no podría llegarle por impedirlo el Canal de Nicaragua y la Base Naval del Golfo de Fonseca; y quedaría sujeto a luchar con el imperio yanqui, aislado de los otros pueblos de la América Latina y con sus propios recursos, tal como nos está sucediendo a nosotros ahora.

La célebre Doctrina Carranza expresa que México tiene, por su posición geográfica, que ser, y en realidad lo es, el centinela avanzado del hispanismo en América. ¿Cuál será la opinión del actual Gobierno mexicano respecto a la política que desarrollan los yanquis en Centro América? ¿Acaso no habrán comprendido los Gobiernos de Iberoamérica que los yanquis se burlan de su prudente política adoptada en casos como el de Nicaragua? Es verdad que, por el momento, el Brasil, Venezuela

y el Perú no tienen problema de intervención tal como lo manifestaron en la discusión del derecho de intervención en la Conferencia Panamericana celebrada en la Habana en el año actual, por medio de sus representantes; pero si esos gobiernos tuvieran más conciencia de su responsabilidad histórica, no esperarían que la conquista hiciera sus estragos en su propio suelo y acudirían a la defensa de un pueblo hermano que lucha con el valor y tenacidad que da la desesperación contra un enemigo criminal cien veces mayor y armado de todos los elementos modernos. Los gobiernos que se expresan en horas tan trágicas y culminantes de la historia, en los términos en que lo hicieron Brasil, Venezuela, Perú y Cuba, ¿podrán tener mañana autoridad moral suficiente sobre los demás pueblos hermanos? ¿Tendrán derecho a ser oídos?

Hoy es con los pueblos de la América hispana con quienes hablo: cuando un gobierno no corresponda a las aspiraciones de sus connacionales, éstos, que le dieron el poder, tienen el derecho de hacerse representar por hombres viriles y con ideas de efectiva democracia, y no por mandones inútiles, faltos de valor moral y de patriotismo, que avergüenzan el orgullo de una raza.

Somos noventa millones de latinoamericanos y sólo debemos de pensar en nuestra unificación y comprender que el imperialismo yanqui es el más brutal enemigo que nos amenaza y el único que está propuesto a terminar por medio de la conquista con nuestro honor racial y con la libertad de nuestros pueblos.

Los tiranos no representan a las naciones y la Libertad no se conquista con flores.

Por eso es que, para formar un *Frente Unico* y contener el avance del conquistador sobre nuestras patrias debemos principiar por darnos a respetar en nuestra propia casa y no permitir que déspotas sanguinarios como Juan Vicente Gómez y degenerados como Leguía, Machado y otros nos ridiculicen ante el mundo como lo hicieron en la pantomima de la Habana.

Los hombres dignos de la América Latina deberemos imitar a Bolívar, Hidalgo y San Martín y a los niños mexicanos que el 13 de Setiembre de 1847 cayeron acribillados por las balas yanquis en Chapultepec y sucumbieron en defensa de la Patria y de la Raza, antes que aceptar sumisos una vida llena de aprobio y de vergüenza en que nos quiere sumergir el imperialismo yanqui.

Patria y Libertad

A. C. Sandino
(Firmado y sellado)

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA:

CERVEZAS
Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS
Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES
Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA.

Valores intelectuales que prestigian el Apra

UN hecho verdaderamente importante será siempre la participación femenina en todos los aspectos que la actividad humana promueva.

Sin duda alguna que gran parte del admirable desarrollo cultural que el mundo ha obtenido en sus últimos lustros depende de la cooperación intelectual de la mujer, que al asociarse a los afanes del hombre, no hace sino completar el movimiento, depurar la tendencia, orientar la iniciativa, o defender la idea, en una palabra: llenar de gracia y de armonía el sendero del progreso, que en su significado verdadero equivaldrá a decir liberación final de toda impostura.

Por esto pienso que la colaboración de la mujer, lejos de aminorar el éxito de los empeños generales que el mundo lleva adelante, en marcha ascensional, estará siempre rodeada de un nimbo brillante.

Un gran pensador español nos recordaba el símbolo de Marta y María: Marta la que trabajaba, mientras María soñaba oyendo a Jesús. Y, Jesús, todos lo sabéis, pronunció su inmortal sentencia, desconcertante: «María, tú escogiste la buena parte».

Con todo, muchos dirán que el trabajo, considerado como esfuerzo corporal es indispensable; pero a estos habría que decirles que el trabajo consiste en ejercitar «toda la complicada variedad de los modos de actuación social para lograr, bien el sustento estricto de cada día, bien la riqueza superflua o la gloria, con la que el hombre completa su actividad sexual primaria».

Justificamos pues, con apoyo en las esclarecidas opiniones citadas, que la intromisión de la mujer en la obra cultural que las na-

ciones prosiguen con ahinco, no es un pasajero capricho de evidencia, sino un moderno y más amplio concepto social y jurídico que pone en tierra la idea semítica de la inferioridad de la mujer.

Hemos de regocijarnos frente a estos avances, y cerrar el paso a los reparos que formule el egoísmo. Y, así, por lo que a mí respecta, he de manifestar que miro complacido la actitud de las mujeres que como la eminente poetisa Juana de Ibarbourou—orgullo de nuestra América Latina—de Magda Portal,—la visionaria, que deseara levantar su tienda de campaña junto a Sandino—y de nuestra estimada escritora Carmen Lyra, para quien serían tibias nuestras alabanzas, conscientes de sus altos deberes sociales acuden presurosas a formar falange en el movimiento *aprista* que hoy agita al Continente Hispano Americano, encendiendo con sus palabras de fe y de optimismo el Fuego redentor que engendrará la *independencia efectiva*, como muy bien lo ha dicho la cantora uruguaya.

Saludemos a esta trinidad femenina y patriota que ha pedido un puesto en las filas de servicio de la agrupación *aprista*, y sigamos el ejemplo luminoso y sincero, altamente sincero, de estas Mujeres Revolucionarias, que si cantan como alondras y enseñan a pensar, también saben tomar resoluciones en la obra suprema a fin de que la Familia Continental logre todos los frutos de su sabia robusta, que será más vigorosa con el concurso fiel y comprensivo de sus hijos, llamados a formar la cuna de una cultura positiva y, sobre todo, netamente Latina.

Jorge Cardona

San José C. R. Diciembre, 1928

Aristocracia y decadencia

EN el *Fausto*, Goethe propone el problema de la sangre en el juramento que Mefistófeles exige de su contratante. El espíritu maligno exige que Fausto firme con su sangre, porque «la sangre es un fluido muy especial». En un estudio, mitad científico, mitad fantástico de Rudolph Steiner, se habla de la sangre como de un plasma singular que aporta una especie de memoria instintiva al hombre, y que determina la ley de herencia.

En efecto, no todo es glóbulo rojo o linfa en el fluido sanguíneo: en ella está, siquiera por saturación, la forma primitiva del carácter. Cuando vemos un caso de arrebatado, solemos decir: «¡Qué mala sangre tiene fulano!»

El tipo tradicional del aristócrata recibía por influjo de la sangre algo así como una memoria confusa de la vida y actos de sus antepasados. Como en esta clase social se practicaba casi siempre la endogamia, el matrimonio entre consanguíneos, la sangre adquiriría un vigor de selección que separaba a las familias del resto social, en el ejercicio de un instinto que se reflejaba en las otras clases como «orgullo». Este poder selectivo de la endogamia es aparente y desde luego nocivo: conduce a la degeneración, a las formas larvadas de la epilepsia, a las alucinaciones y al histerismo. Las grandes tragedias están llenas de estos casos de lúgubre patetismo en que entran los elementos degenerativos: Ibsen hoy, ayer Shakespeare y tantos otros genios, han tratado ese magno problema desde la fantasía, y

la mitad de los dramas humanos llevados al arte contienen gérmenes de este envenamiento por la sangre. La esterilidad de los matrimonios de la rancia aristocracia, tan frecuente en México como en Europa, es otro síntoma.

En sus orígenes, la aristocracia provino, como su nombre indica, de los *aristos*, escogidos. Pero la raíz original de *aristos* es, según Davidson, muy otra cosa de lo que se supone comunmente: proviene de otra más antigua, el *areté*, que significa virtud, por lo cual es de suponer que las primeras clases privilegiadas de la Grecia antigua—cuyos cánones pasaron más tarde a Roma y de ésta a nuestra Europa medioeval—obtuvieron su supremacía por el ejercicio de superiores facultades.

El aristócrata es un caso de soledad física y de aislamiento moral: supone una vegetación de la inteligencia encerrada en fórmulas religiosas petrificadas, desde la cual se ve el mundo como cosa estática. De aquí la fatiga y languidez—el *spleen* sajón—que los grandes aristócratas sienten por las limitaciones de la vida, y que ayer constituyeron caso insuperable de tristeza y que hoy, merced al método de Voronoff, no pueden verse ya sino como agotamiento glandular...

Es, pues, natural concluir que en este tipo social predomina el hábito, la inveteración del acto por la costumbre. Las modificaciones del mundo le producen tal desazón que a las veces se opone a ellas en forma tiránica: su credo, como su temperamento,

es estabilizar. La franca dinamia social producida por la democracia, la «virgen turbulenta» que dijera el genial León XIII, le extravía y le duele como una caída.

No queremos decir que la democracia sea la última de las formas sociales, ni un caso ejemplar de adaptación al fenómeno natural: quizá más tarde se descubran fórmulas mejores. Pero no serán las de ayer. Sin embargo, el caso democrático ha renovado al mundo, porque ha renovado la sangre. La exogamia, la unión sexual de dos seres en todo diferentes, ha cerrado las puertas a la tradición por aquella memoria confusa de la sangre, pero en cambio ha hecho nacer los poderes intelectuales, la capacidad de ser cada cual con independencia absoluta o parcial de su influencia ancestral.

Una vez revuelto y sacudido el elemento de la sangre, las clases primero y las razas después, tienden a fundirse en una sola expresión humana. Otros siglos tuvieron necesidad imprescindible de mantener los diques sociales contra la exogamia de hoy; pero el crecimiento del mundo exige en la actualidad la mezcla de sangres, con lo cual se consigue de un lado el desarrollo de tipos más o menos complejos, y de otro, la desaparición de las razas «inadaptables». «La sangre blanca expulsa la negra», decía un explorador del Africa meridional, y aunque esto no sea completamente exacto, es cierto, no obstante, que la mitad de las quejas contra el imperialismo se basan, inconscientemente, en ese hecho.

Todo esto tiene inmediata relación con la aristocracia de ayer; porque la de hoy lleva ese título por extensión y hasta por ironía, siendo como es una clase que predomina por sus recursos económicos. No negamos que la riqueza sirve para crear cultura, desenvolver primores y dar a quien la posee todo el brillo que el oro ofrece. Pero como a la postre la verdadera cultura es asunto de la voluntad enardecida contra el obstáculo, resulta siempre que el rico al adquirirla, sólo la toma como detalle ornamental, mientras que el pobre, el individuo de la clase media, la usa como instrumento de maravilla, como realización personal.

La democracia ha creado ya tipos de refinamiento, hasta adquirir el del intelectual que se solaza con las evocaciones de la aristocracia antigua. D'Annunzio es un caso, quizás el más espléndido, pero lo cierto es que abunda. Todos ellos son del tipo exaltado hacia el arte por la acción desinteresada de la vida democrática, que abre todos los horizontes y respira a pulmón lleno.

La acción política del aristócrata ha sido, naturalmente, reflejo de su temperamento. No hay para qué definirlo ni calificar su importancia en la historia.

Rafael Cardona

Méx. D. F.—1928.

Nosotros

Revista mensual de Letras, Artes, Historia, Filosofía y Ciencias Sociales

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI.—ROBERTO F. GIUST

Secretario: EMILIO SUÁREZ CALIMANO

Administrador: DANIEL RODOLICO

Oficinas: LIBERTAD N.º 747.

Exterior.....» 8.00 dólares

BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA

Mas si Martí fué deber e inteligencia Martí también fué amor.

Todos vosotros conocéis, más o menos, lo que amor significa. El amor es uno y es diverso. El rayo de sol siempre es el mismo, y sin embargo es múltiple cuando se halla descompuesto en el prisma. Pues el amor también se manifiesta múltiple cuando sus rayos pasan a través de esos prismas vivientes que se llaman los hombres. Para cada faceta de esos prismas, una forma de amor. Primero, el Hombre-Bestia, que ama como la bestia. Mandíbula que masca, garganta que deglute. Función que, cuando es *natural*, sin adobo de culinaria maliciosa, es divina como la Naturaleza; sin sombra de pecado, como el beso de la tierra y la lluvia; fecundidad armónica, como la del arco y la cuerda en la armonía del violín. Luego, el Hombre-Sentimiento, que hace de una función una emoción; del amor, piedra inicial de un templo santo, el del hogar; y del besomordisco, el beso de la miel, el beso abeja, que endulza la lozana corola de la materna boca y los pétalos tiernos de los labios filiales. Después, el Hombre-Patriotismo, que ama hasta el sacrificio de su concha de crustáceo hogareño; que desata, cuando llega el instante, el nudo encantador que en su cuello le forman dos brazos enlazados; que rompe hasta el encanto del nido para salirse de él aunque al salir escuche, como en un desgarramiento de adioses, el mesar de las plumas y el dolor de los trinos; que todo lo abandona, y que pone mordazas hasta sobre los labios de su propio corazón dolorido, cuando lo llama ese otro amor más grande que el amor de los lechos y el amor de las almas: el que clama en la boca de la Madre expirante, de esa Madre de Madres que se nombra la Patria. Y hay, en seguida, otro más alto aún: el que trasciende toda especial vinculación; el que convierte al hombre en esposo de todas las esposas, en hermano de todos los hermanos, en hijo de todos los padres y en padre de todos los hijos. El amor de la bestia era para la selva; el amor solariego era para el hogar; el amor ciudadano era para la patria; pero el Amor Divino es para nadie y para todos: envuelve selva, hogar y patria, sin distinguir de sexo, de color ni de raza; porque ese amor no tiene límites; porque ese amor es como la luz, para todas las pupilas, y como el aire, para todos los pechos.

Martí, como el sonido en un teclado, lleva consigo todas las notas del amor, desde la más baja de la especie, hasta la más sutil, que es la de Dios. ¡La gama toda! ¡Y siempre en puro! Porque, en él, hasta el contacto epidérmico se trasmuta en blanco, el sentido como que se esmaltaba de ternura, su alma casta se le asomaba por los labios, y era en él como si rezara el arrullo, y como que, cuando acariciaba, la caricia, entre sus manos pascuales, se transformara en una misa de besos.

Por eso Martí se acercó siempre a la mujer con labio limpio como para besar a un niño; purificándose la lengua, como si fuera a comulgar, lavándose las manos como si fuera a tocar una camelia. Había, en su contacto con ella, gesto de trovador, modal de caballero, limpia vista de asceta, genuflexión de paladín. Era como un volcán de florecidas faldas, en donde el rojo, que por dentro era fuego para fundir, abriase por fuera en claveles para perfumar.

Lejos iba él de ese vulgar donjuanismo que al topar con los lirios no siente más anhelos que los de profanarlos; lejos iba él de esos escarnios que suelen caer sobre las víctimas después de la profanación, precisamente desde las mismas bocas de los profanadores; lejos iba él también del gesto pudibundo con que los ojos puritanos fulminan de irredención, con que las bocas fari-

José Martí

(Concluye. Véanse, en este tomo, las entregas 8 y 9).

seas amortajan de supremo desprecio a los lirios que tuvieron la culpa de hallar quien los tronchára. ¡Martí no hacía nada de eso! Porque Martí oía en su pecho los ecos blandos de las sandalias galileas; porque Martí llevaba en la urna de sus labios el agua del perdón, y en sus manos el bálsamo de la caricia que unge, como un Leteo, de bondadoso olvido, las quemaduras de los remordimientos. Martí, lo mismo que el Divino Maestro que reveló el Amor desde la cátedra de la Montaña, conocía la fuerza eucarística de la ternura. Sabía cómo trueca ella el vicio en sentimiento; cómo enciende la chispa de la vida celeste en el ascua apagada de una pupila mercenaria; cómo hace saltar del lecho impuro a la mujer de Mágdala, huyendo de él y abominándolo, para correr, sedienta de cariño y perdón, a ungir de nardo los pies del peregrino, y hacer del manto de sus cabellos de ébano, tenebrosos como la tentación, olorosos a vértigo como los abismos, en lienzo humilde que, enjugando esos pies, se impregna en ellos del amor que redime, se transforma por ellos de vil mandrágora en agua lustral, de harapo en ala, de flor de carne en azucena de espíritu!

Martí sabía como el Otro el secreto de transformar el crimen en virtud, encadenando tigres con cadenas de lirios. Martí sabía como el Otro el secreto de convertir a una aulétrida vendida en una santa ilumi-

En viaje para la América Latina

Con el Presidente electo, Mr. Hoover, que se embarca hoy hacia el Sur en el Maryland, van los mejores deseos de todo el pueblo saxoamericano. Mr. Hoover aprenderá mucho y tendrá muchas oportunidades de realizar trabajo importante a la vez que permanente.

Los círculos políticos de Washington han hecho saber a la hora de su partida que la administración considera su viaje como un intento de cimentar relaciones cordiales más bien que de desarrollar negocios. Tal intimación se queda todavía corta. Los latinoamericanos saben demasiado bien que nosotros estamos interesados en su comercio. Su principal queja contra nosotros es de que no estamos interesados en nada más. Ellos tienen ciudades preciosas, paisajes naturales soberbios, vistas nuevas y extrañas de toda clase, pero nuestros turistas van a Canadá y a Europa. Ellos tienen una historia, una literatura y una arquitectura propias, pero ¿qué saxoamericano se preocupa por el pasado de Sud América o lee un libro latino americano? El propósito dominante de Mr. Hoover debe ser demostrarles que nosotros pensamos en esos países como vecinos y no simplemente como clientes. Para este mandado los augurios son mucho más propicios de los que hubieran sido hace un año. El embrollo de nuestras relaciones con México y con Nicaragua y de nuestros esfuerzos bastante torpes para resolver el enredo de Tacna y Arica ha sido arreglado en gran parte. Mr. Hoover puede talvez empujar nuestro entendimiento con los latinoamericanos un poco más hacia el plano en que se movió uno de nuestros presidentes en que tuvieron ellos más confianza—Woodrow Wilson.

(Página editorial del *New York World*.)

nada, y de lograr de aquella que entraba envilecida por las puertas del vicio pudiera salir transfigurada por las puertas del cielo.

Para él, lo que en los otros es sentido, se trueca en sentimiento. Porque él sabía que lo que debilita en el sentido es acumulación de fuerzas en el sentimiento. He aquí una frase suya: «Sólo saca de sí su fuerza entera el que vive en la arrogancia interior de ser querido».

El llamaba «poner el pié en el cielo» al sagrado momento de llegar al hogar. Porque, si el mundo es la tormenta, el hogar es el iris; porque si los goces son las olas oceánicas que cansan los músculos del náufrago y en amarguras lo ahogan, el hogar es el puerto donde las fuerzas se recobran con tónico de besos sin mancha, con cielo hecho caricia, con calor de colchón, con alegría de sol, y sobre todo con dulzor de «te quiero» en el regazo de la amada y con trinar de palomas en las gargantas de los niños.

Nada, para Martí, como el hogar. «Una mujer buena—exclamaba—es un perpetuo arcoiris». ¡Gran verdad es esa! Porque una mujer buena quiere decir una mujer que ama, ya que una esposa buena pero sin amor es como una hermana de la caridad, que sólo está junto al enfermo por compasión o por deber. Mas una mujer que junta en ella la bondad y el amor es para el hombre todo: es hermana, y es hija, y es madre y esposa, y es... ¡Dios! Madre, cuando le enjuga los párpados y le seca las lágrimas; hija, cuando le dora en inocencia de arrullos las llagas de la vida; hermana, cuando lo mimma enfermo; esposa, cuando lo endulza sano y lo deleita enamorado; y Dios, cuando le infunde fuerzas, cuando le da las vidas que la calle le arranca; cuando le vive señalando el escollo e indicándole el rumbo como una suprema aguja náutica; cuando es lucero para sus noches, tienda para su solana, fuego para sus inviernos, aurora para sus tinieblas y tintes de ilusión y esperanzas para sus auroras. Ella, cuando el esposo siente que el cerebro encabritase bajo las turbulencias de la idea, o que el corazón piafa como un corcel beduino, listo a romper las bridas y a desbocarse y beber llamas en las arenas del desierto, ella, la «mujer piadosa, como gallarda amazona que acaricia el cuello del corcel piafante, da nuevas fuerzas a su idea rebelde, remata sus cifras incompletas, saca a lo alto la verdad que las manos desmalladas de su marido habían estado a punto de dejar caer»; y, si la mano de la brava amazona no tuvo acción para detener a su bestia encabritada, y ésta partió al desierto sin freno ni rendaje, cuando vuelve, sudoroso y jadeante, ensangrentado el bello, trémulas las piernas y un escarlata cuajarón en los ojos, ella, la que fué amazona para domarlo y detenerlo, se ha trocado, esperándolo, en la dulce hilandera de cariños que con suave mirar y con sonrisa de miel, sale a ofrecerle un filtro reparador, el de su boca; y con mimo de madre que no sabe de ofensas arrecuesta al cansado sobre el perdón de su regazo.

Por eso dijo él que «sin sonrisa de mujer no hay gloria completa de hombre». Por eso llamó él al amor de la mujer «la fuerza de la vida, su única raíz». Y de tal modo las ama y las venera, que tiene como «feliz destino de los versos» el ser leídos por ojos de mujer, y por dicha la muerte cuando es «llorada por mujeres».

Y ese hombre de deber, que fué también hombre de amor, era también un hombre de pureza. El amor casto y único, ese manjar de dioses, eso que en nosotros acaricia en divino, ese absoluto Emperador de Tierra y Cielo, eso, y sólo eso, era el amor para Martí. Por eso, le levantaba el manto, con cuidado de que no se manchara, cuando tenía que cruzar los pantanos. Porque él sabía que el amor es un cisne que muere de impureza; porque él sabía que si el amor sin

besos, es algo que entristece, los besos sin amor son algo que envilece.

El amor del hogar, ensanchado en Martí, se convirtió en amor de Patria. No fué él un patriota, sino el Patriota. Esencia y símbolo, lo mismo que en todo. Y ese amor, como el otro, es limpio y casto, sin egoísmo, sin ilusión logrera, sin interés de círculos, sin más anhelo que el de morir por esta patria, sin más ideal que verla libre, sin más orgullo que el muy justo de llegar a ser él quien encendiera la divina estrella en el fanal de su bandera con la llama de amor que al expirar se le escapara por la boca en el último beso de su vida.

Ese amor santo fué quien condujo la trasatlántica nave de José Martí a ser bajel custodio de las riberas de su patria. Ese amor casto fué esmeril de virtudes, crisol en los actos en que salían purificados de ideal. Y ese amor sin barreras hizo del maestro de ideas profesor de heroísmo, del ángel de la paz el genio de la guerra, del Cristo que entreabría los brazos el héroe que cerraba los puños, y del apóstol que predicaba la dulce alegría del vivir, el mártir que, entregando esa vida, descubrió otra dulzura más grande todavía, que es la dulzura de morir cuando se muere redimiendo a la Patria.

El ya sabía de su próxima muerte, encendido como estaba en la iluminación profética de los crucificados. Y, sabiéndolo, se deleitaba ante el peligro, como si el peligro fuera voluptuoso para él. Oídlo, y arrodillad vuestros espíritus!... «Es mi almohada la muerte, y Cuba mi único sueño» «Creo que no me faltará el valor necesario para morir en su defenesa». Y, ya en el campo de batalla, un paso apenas de la cima final, clamó con júbilo: «Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber!» Y, en la visión de la futura cruz, dice encendiendo su frase en la conformidad del mesianismo: «Todas las grandes ideas tienen su gran Nazareno!»

Y el amor de Martí creció más todavía: se convirtió en amor de Raza. Y presintió la onda del Norte, y tembló por la obra de redención con que para su patria su aliento apostólico soñaba; y vió asimismo a los demás pueblos hermanos, unos envilecidos por la humillación, otros encadenados por la fuerza; y vió al hierro asesinando cuerpos, y vió al oro asesinando dignidades. Y el peligro futuro, actualizado por su videncia telescópica, fué para su alma como un dolor presente; y concretóse en ansias de poseer más vidas para entregarlas a los otros, ya que estaba destinada a su Madre la única que poseía. Y se encendió por los demás, como se había encendido por los suyos; porque en su pecho sin fronteras ya no había *suyos* ni *demás*. Y señalando a los Estados Unidos, «Vivi en el monstruo—dijo—, y le conozco las entrañas». Y terminó solemne y trágico, como el eco lejano de profunda amenaza: «Y mi honda es la de David».

Y el amor fué creciendo, hasta llegar a ser divino, de tanto ser humano. Amó a todos los seres. Fué su alma urna de amor. Sintió el dolor del hambre con la pobreza de los pobres; el rasguño del látigo con las espaldas de los siervos; y sintió el ansia de esa hambre del espíritu que con el sacrificio se alimenta: el ansia de tender hacia todos los caídos la compasión de sus dos manos.

Y así, el amor, que comenzó en las cavernas con el beso instintivo; que hizo arrullar los corazones en las dulzuras del hogar; que fué después como ala que envolvió a muchas almas dentro del nido de la Patria; y que, agrandándose más, dió cabida a una

Raza, se desbordó enseguida del pecho de Martí, para romper todos los diques de la Geografía; y, saltando sobre la cueva del salvaje, sobre la choza familiar, sobre los lindes de la Patria y sobre el hilo de sangre de la Raza, inundó con sus aguas universalmente fértiles, para abonarlos con su espíritu, todos los prados de la Tierra y todos los huertos de la Humanidad.

Ahí tenéis, a grandes lineamientos, la fisonomía espiritual de Martí! Ahí tenéis al ser insigne que pudo ejercer mejor que nadie la cátedra del mundo hispano-americano! Ahí tenéis a aquél que no fue un dios porque era un hombre, pero que era mucho hombre para no ser un dios! Ahí tenéis a quien anduvo sobre las ondas sin hundirse, a

Santiago Argüello

Habana, 1928.

El Dr. Tijerino nos hace unas preguntas

San José, 29 de Nov. de 1928.

Sr. Director de *La Tribuna*
P.

Distinguido Sr. Director:

Desvinculado completamente de todo interés político en los asuntos de Nicaragua, por gimnasia, siempre he seguido con atención el desarrollo de los acontecimientos en aquel país, estudiando y tratando de acopiar datos y opiniones sobre los problemas que se han presentado.

Este es el motivo que hace dirigirme a Ud., después de haber leído con cuidado su editorial de hoy, en su importante diario.

Usted habla de las manifestaciones de Díaz, Moncada y Benard, pidiendo la permanencia de soldados yanquis en Nicaragua, para mantener la paz y la estabilidad del Gobierno que surja el primero de Enero, y aconseja que no digan que necesitan esos soldados, por respeto al Continente.

Sería conveniente saber, si el Derecho Internacional autoriza para reconocer a un Gobierno que surja bajo estos auspicios, es decir, declarando su incapacidad para ejercer la soberanía y mantener la paz y las garantías dentro de su propio país.

Si los políticos nicaragüenses, en sus paroxismos de agonía, hacen tales declaraciones, que en su concepto ofenden el decoro del Continente, ¿cuál sería el papel de los gobiernos que reconocieran al de Nicaragua, surgido en semejantes condiciones?...

De Ud. atentamente,

M. Francisco Tijerino

San José, Nov. 30 de 1928.

Sr. Director del *Rep. Am.*

Distinguido Sr. Director:

Con motivo de unas notas editoriales publicadas ayer, en el importante diario de esta capital, *La Tribuna*, le dirigí a su Director la carta, cuya copia tengo el honor de acompañar con ésta.

El señor Director del diario mencionado, en su edición de hoy, le dió publicidad en sus columnas y correspondió a ella con una «Contestación al pie», que he agradecido mucho y en la cual manifiesta, que siente no poder contestar la pregunta que hago por «no estar en capacidad de poder contestarla porque ella cae dentro del convencionalismo diplomático en que vivimos en C. A.» Y que «es a las cancillerías y no a los periodistas a quienes corresponde contestarla». Además califica de capciosa la pregunta.

Estos conceptos extraños para mí, han hecho que le preste mayor atención a mi pregunta, que la he considerado como una simple consecuencia de las materias que trataban en las referidas notas, y me ha parecido conveniente continuar mis investigaciones sobre este asunto, recabando las opiniones de la prensa en general.

quien recogió todos los tesoros submarinos de la virtud y de la mente, y que, cuando ya lo hubo recogido todo, se hundió de nuevo entre las olas, con la escafandra de su fe y el santo valor de su heroísmo, para sacar entre sus manos y enseñársela al mundo, la perla que faltaba en su diadema de martirio: ¡la libertad de Cuba!

Y ahora, lo que os toca a vosotros los que habéis sabido comprenderlo, es hacer que él reviva en cada una de vuestras acciones. Pensad en que él os dijo cómo se cambia la faz de las conciencias, sin encender jamás la mecha de los odios. Seguid las huellas que dejó marcadas con doctrina y con hechos! A los hombres vulgares se les honra elogiándolos. A los hombres sublimes se les honra imitándolos.

¿Cree Ud., que solamente las cancillerías, dado el convencionalismo diplomático en que vivimos, puedan dar su opinión sobre esta materia?

¿Cree Ud. que para el pueblo de Costa Rica, tengan algún interés las declaraciones de los políticos nicaragüenses?

¿Cree Ud. que a los juristas costarricenses a los estudiantes de derecho o a los aficionados, les pueda interesar el estudio de este asunto y puedan ilustrar a los legos con sus opiniones más o menos fundadas?

Pidiéndole mis excusas por distraer su ocupada atención con esta mi carta, quedo de Ud. muy atentamente,

M. Francisco Tijerino

Respondemos

1.—El periodismo es, en parte, una agencia de opinión, una forma de oratoria al servicio de un pueblo que quiere ilustrarse sin exclusivismos, y no tiene por qué abstenerse, el periodismo, de dar su juicio en asuntos como el que le preocupa al Dr. Tijerino.

El periodista es como un adalid y donde columbre el peligro, debe señalarlo y dar la voz de alarma.

2.—Los políticos en Nicaragua, y en todas partes, opinan para coger mando. Basta que lo cojan para que sus opiniones nos interesen. Lo que digan o hagan los políticos de Nicaragua de ningún modo puede sernos indiferente. Nada de lo que está ocurriendo en Nicaragua, ha ocurrido, y ocurrirá, es un problema aislado. Tarde o temprano nos tocará plantearlo y resolverlo a nuestro modo. Por eso debemos estar muy atentos al rumbo que tome la política doméstica e internacional de Nicaragua.

3.—Creo que a todos los que en estas patrias vigilan debe preocuparles el asunto que al Dr. Tijerino le preocupa. Desde luego, los asuntos públicos de Nicaragua deben ser estudiados por los jurisperitos de Costa Rica y sus alumnos aprovechados. Y si enmudecen los políticos, que hablen los periodistas, si de veras gozan de independencia y de crédito para guiar y aconsejar a un pueblo que en los periódicos busca testimonios que consultar en los graves asuntos de su historia. Entiéndase que la América nuestra es una, y su historia, también una.

Garcla Monge

San José, 3 de Diciembre 1928.

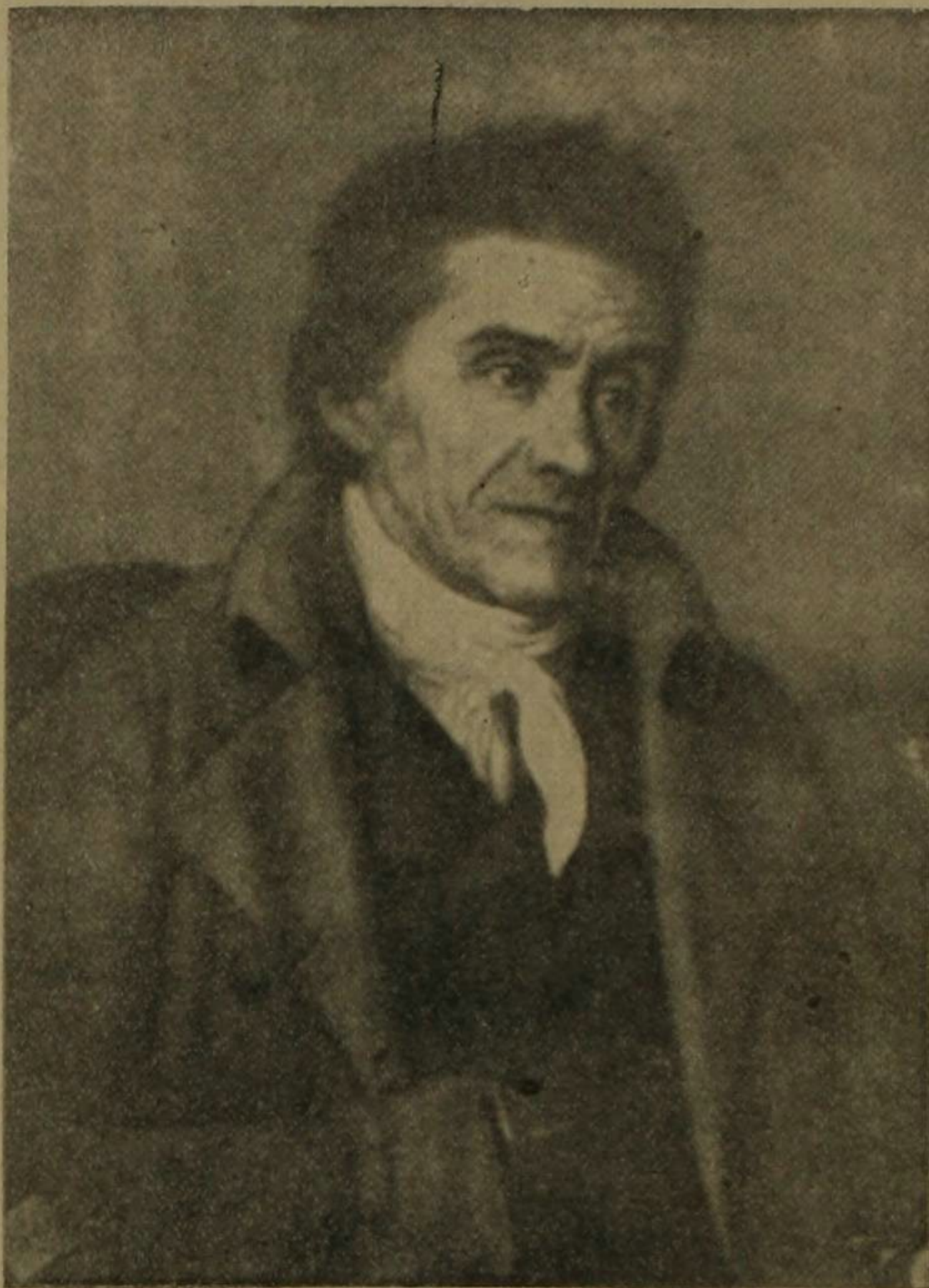
EL abnegado maestro de Zurich fué inmensamente desgraciado entre los hombres. A su vida, como pocas sombría, dolorosa y atormentada; a su retraimiento de apóstol, a su desaliño de hombre despreciador de los placeres, toda luz y toda ternura llegó por manos de mujer. Digámoslo con orgullo nosotras, las mujeres, ahora que— ¡pasados cien años de su calvario!— por igual le glorifican mujeres y hombres. Y al recordar al amigo de los niños, al maestro humilde y bondadoso, saquemos también de entre las telarañas del recuerdo los rostros bondadosos y humildes de las que le hicieron tanto bien...

La primera, su madre. El alma de Pestalozzi está enteramente formada en el molde del espíritu materno. Demasiadas veces se ha pretendido comparar al maestro suizo con Rousseau; pero la enorme distancia que hay de uno a otro espíritu, de una a otra vida, en seguida se advierte (siempre en ventaja cordial de Pestalozzi); nace, según muy atinadamente observa Compayré, de que Rousseau «fué mal educado por un padre extravagante y apático, mientras que Pestalozzi lo fué bien por una madre inteligente y buena». De su madre, infeliz viuda sin fortuna, dotada de un gran corazón y de una infinita ternura, consagrada por entero al cuidado y a la educación de sus tres hijitos, recibe Pestalozzi los santos dones de la sencillez, la frugalidad, la delicadeza, la sensibilidad y el amor a los niños. Y del humilde hogar que no sostiene el fuerte brazo de un padre, otro débil brazo femenino es puntal resistente. La generosa y fiel Babeli, antigua criada de la casa, que jurara a su señor moribundo no abandonar jamás a la viuda ni a los huérfanos, hasta el fin cumple su juramento. Enlazada en un mismo anhelo, las dos mujeres, la señora y la sirvienta, igualmente pobres, igualmente luchan y se afanan. En el mísero hogar los niños carecen de todo..., mas no de ternura.

Luego es la amada, la novia, la esposa, quien alumbró la vida árida y erizada de espinas del hombre. Es detalle curioso el de que Ana Schulthess, moza guapa y compuesta, hija de un confitero de Zurich, trabe conocimiento con el futuro pedagogo—y futuro marido suyo—dándole una severa lección de templanza. Es él casi un chiquillo, y la muchacha, yendo evidentemente contra los intereses paternos, le induce a que guarde para algo más útil el dinero que malgasta

Ellas y Pestalozzi

=De *El Sol*. Madrid=



J. E. Pestalozzi

en dulces. Más tarde es ella quien pone en su vida toda dulzura. El alma grande y noble de Ana Schulthess no concede mayor importancia a una corbata mal o bien anudada, y la fealdad de su prometido, que reconoce, sólo le inspiran aquellas conmovedoras palabras: «La verdad es que la Naturaleza se hubiera mostrado bien ingrata contigo de no haberte dado esos grandes ojos negros en que claramente se lee la bondad de tu alma.» El confitero Schulthess y su esposa, padres de Ana, presentan ante sus ojos el lúgubre cuadro de privaciones que le espera en su matrimonio. «Tendrás que contentarte con pan y agua», le dicen. (Y no se equivocan). Mas ella sigue en sus amores adelante, adelante... El mismo Pestalozzi ruega a su novia que lo piense bien

antes de tomar una determinación; le advierte que él ha de ser ciudadano antes que esposo, le predica «que tendrá que sufrir, que le será preciso aprender a sacrificar la familia y los intereses personales y egoístas a los intereses supremos de la Humanidad.» Mas todo sacrificio le parece a ella pequeño si merced a él le es dado seguir la suerte del hombre feo y desaliñado de los grandes ojos bondadosos.

Y he aquí, por último, a otra mujer, la más humilde de todas, que es la que mayor resplandor difunde sobre la vida del hombre inmortal. Ella misma es inmortal, pues que vive en los más característicos libros del maestro de Zurich. Y esta mujer es... una misera sirvienta, como la Babeli de la infancia de Pestalozzi, una pobre criada que ordena en lo posible el hogar del pedagogo, que le ayuda en su apostolado, que sufre la locura y la indigencia de su amo sin quejas ni recriminaciones, que merece servirle de modelo para la mujer ideal protagonista de *Leonardo y Gertrudis* y de *Cómo enseña Gertrudis a sus hijos*. Gertrudis es Isabel Naf, es la humilde criada, a quien él, con su verbo enfático y pueril de gran romántico, compara con el sol, diciendo: «...así como el sol de Dios camina de la mañana a la noche, y cuando se acuesta sabemos que se levantará a la mañana siguiente para calentar la tierra, así este gran sol que nos vivifica es la imagen de Gertrudis (Isabel) y de toda mujer que hace de su hogar el santuario de Dios. Yo me removeré, yo me agitaré en mi tumba—añade—y no seré feliz ni aún en el cielo si no sé

que después de mi muerte se la honra como a mí mismo.»

Más adelante cruzan grandes figuras femeninas por la vida del pobre maestro. Madame de Stael y la reina Luisa de Prusia, entre otras, le admiran y agradecen su amor por la Humanidad. Y sin embargo..., más vale dejar en la sombra esos rostros resplandecientes y cumplir el deseo del maestro de buen amor destacando sólo de entre la niebla del recuerdo las cuatro figuras bondadosas y humildes: la madre, la esposa, Babeli, Isabel Naf; ésta, sobre todo.

María Luz Morales

Las elecciones en Nicaragua, supervigiladas por el Gobierno de los Estados Unidos, constituyeron un caso polémico para la prensa y la opinión de la América Latina. Y no se nos oculta que el criterio de los más fué adverso, pronunciándose abiertamente contra el pueblo nicaragüense, por aceptar la intervención de Washington en esa forma.

Un eminente pensador argentino, de altiveces mentales, me refiero a Alfredo Palacios, lanzó su anatema desde Buenos Aires, y dijo que las elecciones en Nicaragua, dirigidas por los Estados Unidos, serían «inicias», partiendo para ese juicio de la idea rectilínea de que no puede aceptarse la intervención de los Estados Unidos en

La América Latina no vino a Nicaragua

=De *La Noticia Ilustrada*, Managua, 11 de Noviembre de 1928.=

ningún caso. No acuso, no podría acusar al ardiente latinoamericanista argentino por su inconformidad racial en el caso de la débil Nicaragua, respecto al poderío setentrional del sajón. ¡Cómo habríamos querido que nosotros mismos hubiésemos construido nuestra libertad! La intervención ha sido un dolor para los que, educados en el ideal íntegro de soberanía, nos hemos convencido de que mientras la paz y la libertad no sean los cimientos de ella, esa soberanía será un puñado de arena al pie del mástil de la bandera.

Nuestra tarea ha sido grande, y la hemos

llevado a término, solos, en su primera etapa: orientar la influencia de los Estados Unidos en nuestro país hacia metas de organización democrática, modificando el viejo espíritu de la Fuerza. El Presidente Coolidge ha cumplido con su promesa. Desde su representante personal el Gral. Frank R. McCoy hasta el último marino, han satisfecho la esperanza de imparcialidad y limpieza en la fundación del sufragio libre en Nicaragua, y ha surgido una nueva situación interna llena de promesas para consolidar la República por la evolución pacífica, mediante la inteligencia patriótica que ahora nos es dado esperar del pueblo

(Pasa a la página 331).

Todo tiene el calor de la vida en esta obra de amor y de ternura. Todo nos conmueve en este libro humano, fuente encantada donde Núñez de Arce bebió inspiración para su *Idilio*. Y como libro humano todo en él es verdad, al revés de *Atala* en que todo es forjado por la imaginación del Vizconde: Chactas, su encuentro con René y con *Atala*, su salvación en las montañas de los salvajes, el origen de *Atala*, hija de López, protector de Chactas, el voto de virginidad, la muerte, la conversión. Libro desinteresado, también al revés de *Atala*, obra de franca propaganda cristiana contra el ateísmo reinante en aquel tiempo, por lo cual al *Genio del Cristianismo*, del que hace parte *Atala*, debió el autor su carrera política y diplomática y los favores de la monarquía restaurada.

Todo es deliciosamente real en la *María*. Desde el maravilloso escenario del Valle del Cauca con sus fértiles campiñas, donde pastan lucientes ganados, sus transparentes y rumorosos ríos, las cordilleras que lo cercan, las azules lejanías e incomparables atardeceres, hasta los rústicos habitantes de los campos que la hacen tan pastoral y sencilla y le dan el sabor de la tierra. «Todo cuanto a *María* se refiere, dice Rivera Garrido, el más cumplido biógrafo y crítico de Isaacs, es rigurosamente exacto como símbolo de pasión y sentimiento, y como pintura de una Naturaleza sin rival». Y no sólo es exacto como símbolo, sino realmente verídico en los hechos y puntual en los sentimientos.

George Henry Isaacs, caballero de nacionalidad inglesa, y de raza y religión judía, de cuya familia quedan aún vástagos en Londres y Jamaica, vino de Kingston al Cauca antes del 26 de agosto de 1826 y contrajo matrimonio con Manuela Ferrer Scarpetta, colombiana, el 8 de mayo de 1828. Jorge Isaacs fué el tercero o cuarto hijo de esa unión. ¿Dónde y cuándo nació? No habiéndose publicado hasta ahora documentos definitivos, irrecusables, en la polémica entablada desde hace años sobre ese punto, hay que atenerse a las confesiones que él mismo dejó escritas. Lo que está fuera de duda y discusión es que nació, vivió, amó, se inspiró y cantó en el Cauca, y eso basta a nuestro orgullo de caucanos. (1)

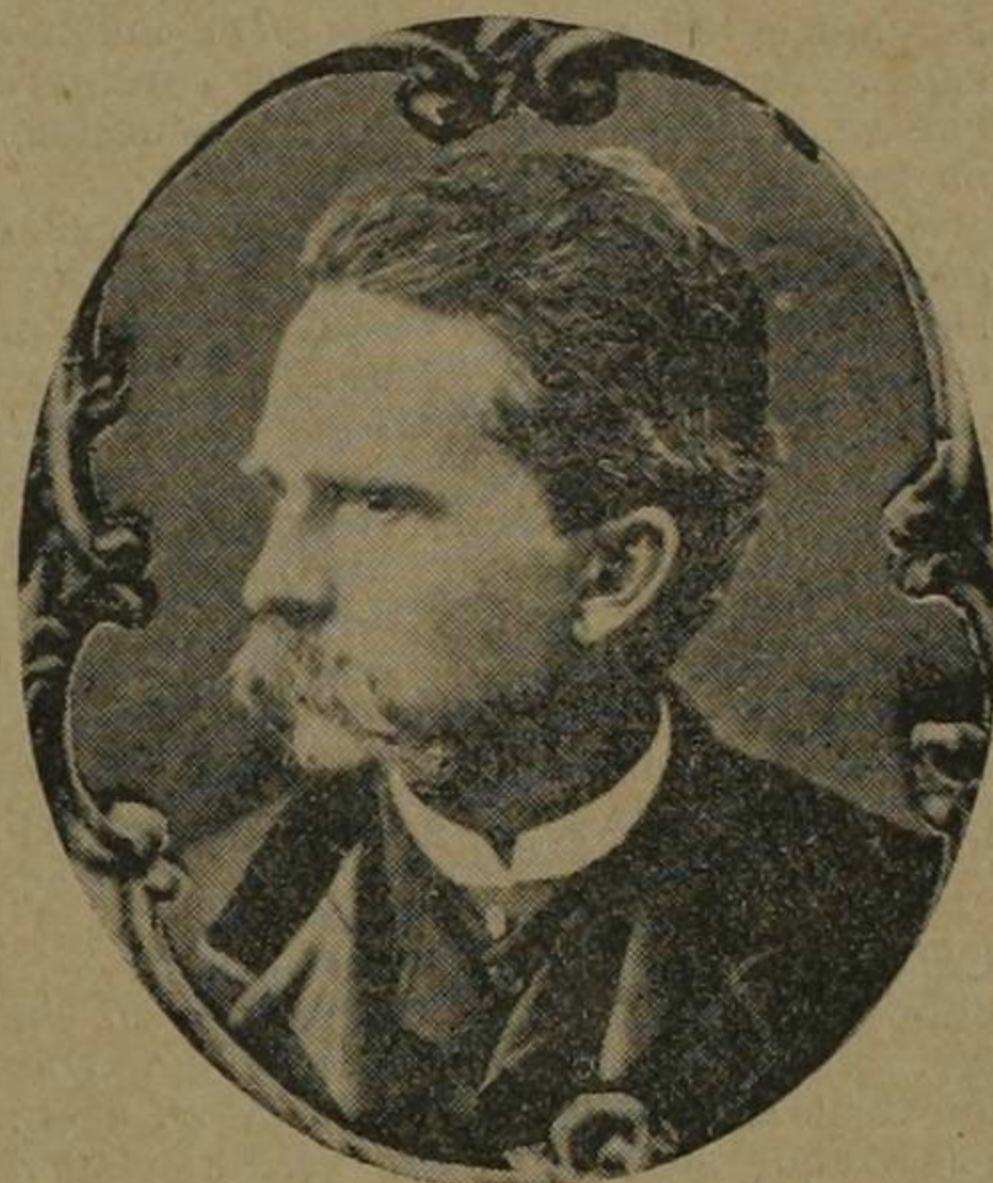
¿Cuándo y dónde nació Jorge Isaacs? Sólo sabemos, por propia confesión, que fué en 1837. En septiembre de 1893, rectificando el cargo de que había sido oficial en el ejército de Julio Arboleda, escribía a Rivera Garrido: «Instintivamente comprendí que Mosquera trabajaba en servicio de su desmedida y temible ambición. Hoy, en igual caso, haría yo, aunque me costara la vida, lo que entonces hice. El año de 1867 justificó mis temores instintivos de muchacho patriota. La dictadura, sea cual fuere su forma y pretexto, es y ha sido la calamidad atroz y desmoralizadora de estos países suramericanos... No fui oficial de Julio Arboleda, ni su amigo. He admirado sus osadías de experto y valeroso general, sus discursos elocuentes, sus obras de poeta... Era de la índole y escuela y edad de Gonzalo de Córdoba. Si era grande, por qué no fué magnánimo?... En 1861 tenía yo apenas 24 años, y le ví unos momentos, tres días después de su victoria en *El Cabuyal*».

El 29 de julio de 1833 Jorge Enrique

(1) Aparte de los escritos que sobre Jorge Isaacs y su obra se citan en este ensayo, he leído los excelentes artículos, conferencias o discursos, en homenaje al poeta, que en distintas épocas y lugares han publicado, para no hablar sino de autores colombianos, y de los más recientes, los señores: Diego Mendoza Pérez, Carlos Arturo Torres, Antonio J. Restrepo, J. M. Saavedra Galindo, Alberto y Mario Carbajal, Tulio E. Tascón, Rafael Rengifo O., Reinaldo Valencia, y otros que por el momento no recuerdo.

La bella realidad de la *María* de Jorge Isaacs

= De Lecturas Dominicales. Bogotá =



Jorge Isaacs

Isaacs, padre del poeta, compró a José Ignacio González la casa donde, hay que suponer, vivió la familia Isaacs en Cali desde aquel año. El 9 de enero de 1836 fué cancelada la escritura en cuanto a la deuda que la gravaba como parte del precio. Un año después, el 12 de enero de 1837, Jorge Enrique Isaacs escribe de Cali a José Antonio Abadía, entre otras cosas: «Manuelita saluda a usted, a su hermana Magdalena y señora Teresa con el último cariño, y ella no escribe a Magdalena porque la barriga que tiene no la deja ni acercarse a la mesa, y según dicen las brujas va a parir cuatro (qué tal para un pobre hombre?)».

Si damos fe a la confesión del poeta de que en 1861 tenía 24 años, el niño que nació después del 12 de enero de 1837 fué Jorge Isaacs, autor de *María*. Queda por saber el mes y el día del nacimiento. Para comprobar que fué en abril se ha publicado en Cali la siguiente constancia, encontrada en el Archivo del Consejo Municipal de esa ciudad, y que, sin duda, fué expedida para el matrimonio que Isaacs contrajo ese año de 1856 con doña Felisa González, y como partida supletoria de la original que no fué hallada ni entonces ni después:

«Al que suscribe le consta que el señor Jorge Ricardo Isaacs nació en el mes de abril de 1837, por haberlo bautizado en dicho mes y año, por autorización del doctor Manuel María Rodríguez, cura vicario de esta ciudad, y fueron sus padrinos el señor Pío Rengifo y la señora Dolores Martínez. Para que conste, lo firmo a 5 de julio de 1856. Fray José Ignacio Ortiz.»

En la introducción que el señor Sanín Cano escribió para las *Poesías completas de Jorge Isaacs*, dice: «Datos biográficos relativos a Jorge Isaacs le hacen nacer en Cali; pero he tenido la ocasión de consultar en Londres a personas de su familia, cuyos recuerdos están conformes en el hecho de que cuando vino al Valle la familia Isaacs, el poeta, en mantillas, formaba parte de la caravana».

Queda aún otro documento muy curioso sobre el lugar del nacimiento de Isaacs. El distinguido caballero don Juan Clímaco Rivera, anciano residente en Popayán, y autor de un *Diccionario biográfico de hombres notables del Cauca*, inédito, conserva una carta de Isaacs en que éste, al devolver las notas biográficas que Rivera le había enviado

para revisar, hace algunas correcciones, entre otras, esta: «Jorge Isaacs nació en Cali... Hay que borrar Cali,

dice Isaacs, basta poner Estado del Cauca».

Este documento puede demostrar dos cosas, o que Isaacs realmente no nació en Cali, pues en ningún documento auténtico, definitivo, irrecusable, consta que naciera en Cali, o que quiso vengarse de una ciudad que había sido ingrata con él y de donde habían salido varias especies en contra de su reputación literaria. Del Cauca, muy probablemente de Cali, surgió la miserable conseja de que Isaacs era un impostor vulgar que daba a *María* como obra suya. Primero se atribuyó la paternidad de ese libro a Julio Arboleda, y aún hay personas honorables en Bogotá que recuerdan esa infamia, y luego a su hermano Lisímaco, muerto joven en Buenaventura, de fiebre amarilla. En su equipaje, decían, Jorge, su hermano, encontró el manuscrito de *María*. Otra patraña que circuló mucho más, con mala intención en Colombia, y por ignorancia fuera del país, afirmaba que todo en *María* era una ficción, que la heroína del poema vivía en Bogotá y llevaba un nombre muy conocido, que todos repetían. «Siempre aquel libro en boca de los que quieren dañarme, escribía Isaacs a su amigo y confidente Rivera Garrido en circunstancia solemnisima, qué es eso? Si fué un delito escribirlo, así como ellos lo quieren, debo purgarlo? Amigo mío, por qué nos regocijábamos en un tiempo por amor al país en donde usted y yo nacimos, viendo el buen éxito que obtenía ese libro? De mi mente aparte Dios los pensamientos que la entenebrecen en este instante! Nunca vuelvan a mí!» Esa amargura causada por la envidia y la calumnia, acompañó a Jorge Isaacs hasta la tumba.

El 15 de enero de 1848, de once años, se matriculó en el Colegio de D. Lorenzo María Lleras, llamado del *Espíritu Santo*, al cual se refiere en la tercera línea del primer capítulo de *María*. Edición príncipe. Imprenta de Gaitán. Bogotá, 1867. Estudió en Bogotá durante cinco años, y a esos años de estudio se refiere muchas veces en sus poesías y en su novela. Y desde ahora hay que decirlo. Jorge Isaacs, como lo veremos ampliamente en este ensayo, es un caso admirable de poeta fiel a la verdad, aun en los momentos de más arrebatada inspiración poética, de ahí que Sanín Cano no sólo ha podido decir que «Isaacs no se aparta sino ocasionalmente de la realidad», y que «la novela conserva desde la primera hasta la última página un vivo contacto con la realidad palpitante», sino también escribir casi una vida de *El poeta según sus obras*. En prueba se pueden citar *Mayo* y *El Turpial*, que con ser poesías de tan apacible tristeza, son también autobiografías. El perro *Mayo*, protagonista de una de las más conmovedoras escenas de *María*, fué regalado al niño Jorge Isaacs en Quibdó por su madrina y tía política doña Ludovica Andrade de Ferrer:

Cuando en mil ochocientos
Cuarenta y ocho
De la casa paterna
Salí lloroso,
En mis mejillas
Llevando de mi madre
Lágrimas tibias,
Se abrazó de mis botas
El pobre Mayo,
Y siguióme en silencio
Hasta el collado.
Su triste aullido
Se oyó cuando se ahogaba
el són del río.
Tras un lustro de ausencia
Volví ya viejo
Y perezoso estaba
El noble perro.

De vuelta de Jamaica
Trajo mi padre
Un turpial...
A vivir a la hacienda
Fue mi familia
Y su jaula fue adorno
De nuestra *Rita*. (1)

Del Funza en la ribera
Moré cinco años,
Al turpial de mis juegos
Siempre extrañando;
Volví a mi techo
Y cantó, al saludarlo,
Gozoso y bello.
Muchos años ausente
Se me pasaron;
Mis padres no habitaban
Su bello campo;
Su huerto y sotos
Estaban sin guardianes
Y en abandono.
Contemplé esos parajes
Meditabundo,
Que quizá por sus dueños
Guardaban luto...
Mis espuelas formaban
Sordo ruido
En aquel solitario
Vasto recinto,
Antes ruidoso,
Do el ángel de la muerte
vagaba solo.

«Empecé a ser soldado en 1853 y batallé en la campaña que se hizo en el Cauca contra la dictadura de Melo, escribe a Adriano Páez el 12 de octubre de 1877. En 1860 había ya en mi alma los albores de las ideas (liberales) que hoy defiendo, pero vi en el general Mosquera, no al defensor de la democracia, no al héroe republicano, sino al patricio orgulloso, descendiente de los Mosqueras, al ambicioso que en 1867 debía cobrar a caro precio sus hazañas, y combatí al general Mosquera en 1860, en el puente de Cali, y estuve en la batalla de Manizales el 28 de agosto de ese año».

Tenía diez y ocho años cuando su padre compró *El Paraíso* a D. Federico Guillermo O'Byrne el 19 de mayo de 1855. Viajó por Antioquía en 1860, a juzgar por el número del año puesto por el autor al pie de algunas poesías contenidas en la primera edición que de ellas hizo el *Mosaico*, tertulia de ilustres literatos bogotanos, ante los cuales hizo Isaacs, en una noche memorable en los fastos de la literatura colombiana, la lectura de sus poesías. Era la segunda vez que Isaacs visitaba la capital. La lectura se hizo «en una de las últimas noches del mes de mayo», dicen los «mosaicos» en la introducción que el 24 de junio de 1864 pusieron a la edición costada por ellos (2). He aquí los nombres de aquellos que recibieron las primicias del genio de Jorge Isaacs y que fueron dignos del presente: J. M. Samper, José M. Marroquín, Ezequiel Uriceochea, Ricardo Carrasquilla, Aníbal Galindo, Próspero Pereira Gamboa, Diego Fallon, J. M. Quijano Otero, Teodoro Valenzuela, Rafael Samper, J. M. Vergara y Vergara, Ricardo Becerra, Salvador Camacho Roldán, Manuel Pombo.

Poco tiempo permaneció Isaacs en Bogotá pues el 28 de julio de ese mismo año pasó por *La Plata*, de regreso al Cauca, y escribió a Don J. M. Marroquín una carta que ha publicado su hijo, Monseñor J. M. Marroquín, en la que el poeta habla de las penalidades del viaje: «Asoleado sobre estos peñascos y arenales de Neiva, el recuerdo de los últimos días pasados con U. y nuestros amigos de Bogotá me ha aliviado... Estaba hermosa la mañana cuando pasé a Río Neiva. Había llegado la noche antes a

su orilla cuando iluminaban la extensa llanura las quemazones de los montañeses. Me detuve varias veces a admirar esos incendios lejanos que imitaban ciudades abrasadas, cuyos esqueletos aparecían a ratos lamidos por llamas tenaces. O seguía el ondulante camino de los incendios de las cordilleras, que semejabán cometas de fuego enredadas en las breñas.

«Estaba hermosa la mañana; y cuando después de cinco leguas de llano llegué al Hobo, había tarareado este romance, que no me parece falta de sentimiento, hasta el punto de darme mucha vergüenza ofrecerlo a usted. Es un drama que en nuestros tiempos gloriosos se repetía todos los días, y que aquí tiene el mérito de estar en cuarenta y seis versos y dos actos». La carta contenía el original del *Cabo Muñoz* que se publicó poco después.

Tres meses más tarde, el 16 de septiembre, escribe de Cali otra carta a Marroquín, dominado siempre por honda melancolía:

«Nadie me escribe. Usted, Vergara y Carrasquilla han muerto para mí. No escribo porque no tengo un cuartito de estudio. No trabajo porque no tengo cómo, mientras no esté en posesión de un destino que dizque me van a dar en la empresa del camino (de Buenaventura). No recibo *Mosaico* ni cartas de U. y compañía, que es peor».

De 1864 a 1866, mientras desempeñaba el puesto de inspector de trabajos del camino de Buenaventura, que al fin le habían dado, a las orillas del dantesco Dagua, en Pureto, en casa del negro Cortico, escribió su obra inmortal. Eran días implacables para él, como los que precedieron a su muerte, en que su adverso destino le hizo sentir todos los rigores, en que tan amargo fue el pan que ganaba a los inclementes rayos del sol ecuatorial.

«Hay una época de lucha titánica en mi vida, dice en carta citada a Adriano Páez de 21 de octubre de 1877: viví como inspector del camino de Buenaventura, en los desiertos vírgenes y malsanos de la costa del Pacífico. Vivía entonces como un salvaje, a merced de las lluvias, rodeado siempre de una naturaleza hermosa, pero refractaria a toda civilización, armada de todos los reptiles venenosos, de todos los hálitos emponzoñados de la selva. Los 300 o 400 hombres que tenía bajo mis órdenes, y con quienes habitaba como en campaña, tenían casi adoración por mí. Trabajé y luché hasta caer medio muerto por obra de la fatigante tarea y del mal clima».

Luégo, en *El Peñón*, quinta de la familia de su esposa, situada en las colinas que dominan a Cali, en el camino de Buenaventura, dió los últimos retoques a su obra, que publicó en su tercer viaje a Bogotá. Tenía treinta años.

El niño a quien había enseñado a leer la patricia doña Matilde de Pombo, confirmaba, en la juventud, los augurios que Julio Arboleda hacía a sus padres cuando con sus manos, diestras en la espada y la lira, acariciaba sus cabellos. *María* conquistó al público lector en pocos meses en que se hicieron sucesivas ediciones, pasó rápidamente a las naciones de América y fué pronto vertida a las lenguas cultas de Europa, siendo desde entonces Jorge Isaacs nuestro Embajador extraordinario en todas las naciones del mundo. Por él se sabe que existe otro paraíso terrenal: el Valle del Cauca; por él saben, del otro lado de las montañas y de los mares, que hay un país que lleva el nombre del descubridor de América.

En 1913, al llegar a Iquitos, situado a mil leguas de las bocas del Amazonas, en el corazón del continente, como Cónsul General de Colombia, fuí a visitar la mejor librería de aquella ciudad, poblada en aquel tiempo, a causa de la fiebre del caucho, de

gentes de todas las razas y de todas las calañas. Al preguntar al librero por qué tenía medio estante cubierto de ejemplares de la obra de Isaacs, con pastas rojas de la casa Bouret, me respondió que era el libro de más venta, que «ningún cauchero se internaba en las selvas sin llevarse su *María*». Esa es la gloria. Escribir con sangre o con lágrimas un libro que lo mismo sea apreciado por los epicureos de las letras en sus suntuosas moradas, que por los pobres gañanes en sus cabañas; crear un *Quijote*, una *María*; inventar un manual de lectura que sea necesario como el pan nuestro de cada día.

En 1871 y 1872 ejerció en Santiago de Chile el Consulado de Colombia, y al regresar al país fue Superintendente de Instrucción Pública en la Administración de César Conto, su primo hermano. Del 2 al 5 de agosto de 1876 estuvo por tercera vez en Bogotá, como agente del Gobierno del Estado, en contra de la revolución conservadora de aquel año. El 31 de agosto decidió en favor de su partido la formidable batalla de *Los Chancos*, la de más bello escenario y la más reñida y decisiva que se haya librado en Colombia en guerras civiles, asumiendo el mando del «batallón Zapadores», cuyo jefe, el coronel Vinagre Neira, cayó muerto en el momento de entrar a la línea de fuego. Otros héroes, compañeros de Isaacs en aquel día, fueron su primo César Conto, el bugueño Pacho Moncayo, y David Peña, quien ante los destrozos que hacía en sus huestes la metralla enemiga, gritaba a sus soldados: «Como estatuas, muchachos! Como estatuas!» Palabra magnífica semejante al *debout les morts!* del oficial francés en la gran conflagración europea. Fue entonces cuando Isaacs escribió su poesía, *Después de la victoria*:

... Dichosos los que yacen
En la llanura ensangrentada muertos!

El 13 de noviembre forzó el paso del Otún con dos batallones de la tercera División y el «14 de María», pasando el ejército por las montañas del Mudo. Era Jefe de Estado Mayor de la tercera División del Ejército del Sur. Continuó la campaña por la banda occidental del Cauca y la terminó con la toma de Popayán el 26 de abril de 1877.

Después fué secretario de Modesto Garcés, sucesor de Conto en el Gobierno del Cauca, y diputado a la Legislatura. Asistió a los Congresos de 1878 y 1879. En el primero pronunció terribles discursos contra los conservadores y especialmente contra el clero, cobrados por ellos muy caro al pobre poeta, y en el segundo fué Presidente de la Cámara y uno de los diputados que resistieron la pedrea del populacho azuzado por los independientes, partidarios de Núñez. En 1879 fué Secretario del General Tomás Rengifo en Antioquía y redactor de *La Nueva Era*. Al separarse Rengifo, Isaacs combatió a su sucesor, don Pedro Restrepo Uribe, y encabezó la revolución de fines de ese año y principios de 1880. Para explicar su actuación en ese movimiento, publicó en 1880 *La revolución radical en Antioquía*, de 442 páginas, libro que editó, como la *María* en la imprenta de Gaitán. El 27 de marzo del mismo año fué expulsado del Congreso «por haber estado en armas contra el Gobierno nacional», pero antes había firmado, como Secretario de la Cámara de Representantes, la ley que declaró ciudadanos colombianos a los heroicos hijos del Paraguay, vencidos en la guerra que el Brasil, Argentina y el Uruguay sostuvieron contra el pueblo del mariscal Solano López. Un ejemplar de esa ley, con la firma autógrafa de Isaacs, en sitio de honor, se conserva en el Palacio del Congreso en Asunción.

En 1881 hacía dos años vivía Isaacs con

(1) *Santa Rita*, hacienda contigua a *La Manuelita*, ambas pertenecieron al padre de Jorge Isaacs. A la segunda, conocida en todo el país y aun en el exterior por su famoso ingenio de azúcar, le dió don Jorge Enrique Isaacs el nombre de su esposa: Manuelita Ferrer, madre del poeta, ya citada.

(2) Esta primera edición de 83 páginas, con las notas, ha sido reproducida íntegramente en la segunda, hecha por la Casa Editorial Maucci, de Barcelona, 1927, con estudio preliminar de B. Sanín Cano

su familia en Ibagué: «Vivo en Ibagué, dice a Adriano Páez, en una poética y cómoda casita, preparada toda por mí: no hay una sola flor en ella que yo no haya cuidado amorosamente, y hay muchas». Por entonces publicó el primer canto de *Saulo*, inspirado en la memoria de Eloísa, la amada de Abelardo, poema vago, con arranques sublimes y entonación bíblica. Lo dedicó a su amigo el general Julio Roca, Presidente de la República Argentina, quien lo hizo reeditar elegantemente en Buenos Aires (1). En el citado año, desistiendo de su proyecto de establecerse en la patria de San Martín, partió para la Goajira en comisión científica, acompañado de Lázaro Girón, dibujante, y Manó, geólogo extranjero. Iba en busca de minas de carbón y de fuentes de petróleo que él fué el primero en descubrir, que constituyen una gran riqueza nacional y que a él, tan pobre siempre, de nada le sirvieron. Allí y en el golfo de Urabá, viviendo entre salvajes y sufriendo todas las penalidades del clima, permaneció hasta 1887. «Vea en dónde le escribo, le dice a Adriano Páez el 27 de abril de ese año, no es ya en las pampas goajiras, como en 1882; es en el fondo de este golfo de Urabá, salvaje aún, casi lo mismo que lo dejaron Bastidas, Ojeda y Encizo. Cumpló la consigna, caro amigo mío, la que usted me dió en 1864: Amar y laborar. Ella dice cuánto aspiro a hacer en el resto de mi vida, lo único que comprendo ya de mi existencia,

(1) El premio de la novela en el Ateneo de Buenos Aires lleva el nombre de Jorge Isaacs.

porque es deber, alivio y gloria». En aquel tiempo compuso su sentida elegía a *La tumba de Belisario*, el humilde y fiel compañero del poeta en aquellas desiertas playas del mar de las Antillas:

Y dejamos su tumba para siempre
En el jaral de la marina selva,
Sola con los mugidos de los vientos
Y el fragor de la mar en la ribera!

Aquel postrer adiós que no responden
Los mudos labios ni las manos yertas,
Ahogó mis sollozos... y la fosa
Lentamente cubrió la extraña tierra.

Después, envueltos en nocturnas sombras
Infló el terral las temblorosas velas,
Y al fulgor de los pálidos relámpagos
Hicimos rumbo hacia la mar inmensa.

Al tornar de aquellas selvas bravías se recluye ya para siempre en Ibagué, y a fines de 1891 escribe a Rivera Garrido: «Mi salud se quebrantó mucho en los últimos veintidós meses: en Bogotá tuve necesidad de hacer muy penosos esfuerzos para lograr el coronamiento de la obra, objeto de mis viajes. En aquellas excursiones por la costa, viví unas veces como conquistador español, y otras como salvaje; tuve que explorar regiones nunca pisadas ni por Fredermán ni por Ojeda; y, como era natural, contraí una infección palúdica que ha sido muy difícil y arriesgado vencer. Me siento ya mejor de las dolencias físicas; las del alma no son temibles, porque ésta se encuentra vigorosa y entera».

En Ibagué escribió también *La tierra de*

Córdoba, canto a Antioquia, y dos novelas *Fania* y *Camilo* o *Alma negra*, inéditas hasta hoy, e inspiradas, al parecer, en la historia de Colombia. «En esos trabajos, escribe a Rivera Garrido en noviembre de 1893, tengo puesta toda mi atención, mis facultades todas, y confío ya plenamente en que el resultado satisfará a mis amigos. Y a qué, sino al trabajo, habría de acudir para alivio de infortunios?...» Así, en medio de la pobreza a que lo habían reducido sus enemigos, vivió y escribió siempre el que había nacido y pasado su niñez y juventud en el seno de una familia cuya fama de lujo y esplendor duró mucho tiempo en el Cauca. «Usted y Juancho Uribe, hablan de mi casita a orillas del Combeima. Ninguna poseo. Desde 1881 mi familia ha vivido en casas pobres y alquiladas, miserables a veces; menos tienen las aves de los desiertos, y muchas veces envidio a las que cruzan el azul del cielo, sobre las nieblas y cumbres de los altos montes».

Son los últimos y los más tristes días de su vida. Todas sus poesías están plenas de la más honda amargura e impregnadas, como los versos de Leopardi, por la infinita vanidad de todo. Lo obsesiona la muerte y sueña con el lugar en que debe descansar al fin y para siempre. Ya es el *Paraíso*, donde pasó su infancia feliz, «para que mis restos ocultos bajo las piedras de esos collados, descansen en contacto perdurable con esta tierra amada». Ora *El Peñón*, donde había terminado su obra inmortal, arrullado por el río cuyos murmullos aún repiten «cantos de su niñez y amor primero». Herido en los más delicados sentimientos de su corazón por sus coterráneos, víctima de la ingratitud de los que debían estar orgullosos de su gloria, piensa hasta en ir a morir a la Argentina: «Puede llegar el día en que se niegue a mis huesos una tumba en tierra colombiana», escribe a su amigo Julio Roca, Presidente de esa República. Pero es la soledad de los mares la que más atrae su espíritu romántico. El quisiera, como René, una tumba sin nombre sobre una erguida roca sin cesar azotada por las olas:

«Cuándo volarás y en dónde has de dorrirte, juguete de los huracanes, hoja desprendida de la selva humana? En el Mar! Ah, sí!

Muerte digna del hombre...
Por tumba, las olas, el cielo, por palio.

«Necesito verla, oírla, respirarla, dormirme en su regazo, hundir mi alma en ella; me ahogo aquí. Tendrá tantas grandezas y ternuras qué decirme; tantas caricias sus vientos y sus espumas; y sus noches para mis sienes calenturientas... La tierra es ingrata, sorda; le contamos nuestras alegrías y nos habla de dolores y nos muestra tumbas, sólo tumbas sabe guardar. Yo podría ahora no perder ni uno solo de sus acentos y suspiros que balbucea soñando bajo el hondo y tenebroso azul de la noche; yo tornaría a enojarla repitiéndole:

Pequeña es tu grandeza
Ante el dolor eterno de mi alma;
Es dulce la amargura de tus ondas
Después de la amargura de mis lágrimas»

«En quién, como en el dulce bardo, dice el poeta Ricardo Nieto, que sólo pedía para sus sienes una corona de espinas, produjo el Dolor más hondas armonías y más melancólicas canciones? Si a veces llegamos a pensar que sus antepasados eran, en verdad esos antiguos profetas que sollozaban, más que cantaban, los trenos de sus lamentaciones!

«Qué poeta ha cantado más dolorosamente que éste la tristeza suprema del hogar deshecho, el ruido de los pasos en las salas

La América Latina no vino a Nicaragua...

(Viene de la página 328).

sin rifles para la matanza y con ideales cívicos de vida en cambio.

Es muy posible que la crítica continental haya contribuido a lograr esa nueva orientación aludida, de parte del americano del Norte. Pero insistimos en creer que la América Latina ha querido permanecer sustancialmente en la ignorancia, en cuanto al verdadero problema de Nicaragua, de tal manera que ahora podemos decir que fué la América Latina la que puso nuestra situación en manos de los Estados Unidos. Cuando desde Puerto Cabezas el grito constitucionalista nicaragüense apeló a la fraternidad latinoamericana, el silencio de los gobiernos apagó la voz de los pueblos, y tan sólo quedó en pie una literatura fantástica sobre Nicaragua.

Alfredo Palacios, José Vasconcelos y Haya de la Torre, tres exponentes del hispanoamericanismo militante, fueron designados por el *Apra*, para venir, como representantes de la opinión pública de la América Española, a presenciar nuestras elecciones. Cuando tal cosa se anunció, dije en estas mismas columnas: No vendrán, porque los pueblos hermanos en raza no están aptos todavía para la cooperación. Y efectivamente, brillaron por su ausencia.

La ayuda hispanoamericana fue una bella música a toda orquesta. Nada más. Nuestro problema vital de paz, lo hemos tenido que resolver solos, con los Estados Unidos. Y es tal la convicción que tenemos a ese respecto los nicaragüenses, que el partido derrotado en los comicios, consciente de su deber, ha aceptado el fallo supremo del

sufragio, dando así un ejemplo de patriotismo, mientras el partido victorioso, a su vez, proclama en alta voz sus responsabilidades para con la Patria, para que no haya ni vencedores ni vencidos y que las enseñanzas partidistas sean arriadas al terminar la disputa cívica, ante el ara de la República.

En todo esto, la América Latina no ha puesto un solo grano de arena. Los Estados Unidos, en cambio, por su interés y por su potencia, han sido los que aportan su fuerza y su ejército, para solucionar nuestro problema, que a la vez lo es de los Estados Unidos, porque así como constituyó en los días de violencia una crisis para el honor norteamericano, ahora comienza a ser Nicaragua el *standard* de República que se organiza bajo el influjo de la democracia washingtoniana.

Nicaragua aparece hoy como una República americanizada. Es cierto. En la forma de organización política, la influencia de los Estados Unidos es decisiva en nuestro país. Pero la Argentina misma, por ejemplo, desde la fundación nacional, buscó sus modelos en los constructores de la Gran República, y la Argentina no se arrepiente. Nosotros lo hemos hecho compelidos a ello. Mas no importa. El Espíritu está en pie. La Libertad y el Progreso llegan por todos los caminos.

Pero está llegando ya el tiempo en que la América Latina puede ayudarnos. Ahora que vamos a ser pueblo pacífico y trabajador, esa América podrá estrechar la mano de Nicaragua, sin avergonzarse de ello.

Juan Ramón Avilés

Mi estimado García Monge:

¿Quiere tener la bondad de acoger esto en su para mí siempre querido *Repertorio*. Servidor y amigo,

Juan Ramón Avilés.

abandonadas, el martirio de los recuerdos insepultos:

A quién le rogaré me dé la entrada
Si extraño y pobre vuelvo a la morada
Donde la infancia y juventud pasé;

Si no querrá su poderoso dueño
Que espante los lebreles con mi leño
Ni que le deje el polvo de mis pies?

No ves que herido por las zarzas vago,
Que sufro sed y de reposo tengo
Necesidad y alivio junto a ti?

El ruido de sus pasos... Fue una sombra,
Deliras, corazón... Sueña, infeliz!

Y esta frase que condensa la inmensa desolación del poeta, y en que el contraste de lo eterno y del tiempo, «de lo que fue y de lo que es», aparece en toda su terrible certidumbre:

Siento que vaga en torno de mi frente
Hálito de sepulcros!... Indolente
La péndula se mece del reloj»

Y no sólo sus poesías, también las cartas a sus amigos destilan melancolía y hablan de la dura necesidad que lo acosa, de la pobreza, de la muerte que constantemente lo obsesiona. Aun a sus hijas las canta con tristeza en estos versos que fueron publicados y no han sido reimprimados, en *La Siesta*, de Bogotá, en 1885 y 1886, en días de persecución para el partido liberal, que fue el de Isaacs:

A mi hija Clementina

Si estuvieras aquí, cerca del lecho
Donde el dolor sin tregua me tortura
Cuántas angustias de mi amante pecho
Calmaran tus caricias y ternuras!

De la desgracia el huracán deshecho
Combate sin cesar nuestra ventura,
Y es ya este grande corazón estrecho
Para la hiel que en su infortunio apura.

Cumplase así la voluntad divina
Del que les dio a tus labios virginales,
Mi dulce y adorada Clementina,

Trinos de los sinsontes y turpiales;
Del que puso en tus ojos hechiceros
Arrobadora luz de sus luceros.

La Bella de la Noche

Toda flor es un templo: los arcanos
Esconde allí de amor Naturaleza,
Y aún el arte sutil de los humanos
Nunca imitar logró tanta belleza.

Del Tucurínca en los selvosos llanos
Y del Caribe mar en la grandeza,
Fragante flor oculta su pureza
Al sol ardiente y céfiros livianos.

Blanca nació de un rayo de la luna
En la trémula sombra de la umbría
La reina y gala de la noche bruna:

Esa flor es tu imagen, Julia mía,
Orgullo de mi vida sin fortuna,
Y en nuestro pobre hogar luz y alegría.

Y cuánto fue su amor por la tierra donde
vió la luz del sol, lo dijo él repetidas veces,
con palabras casi empapadas de lágrimas.

Cali, ciudad de las añosas palmas
Do se mece tranquilo el aquilón,
Te has dormido al arrullo de las aguas
Que dan a tus campiñas su verdor.

Ay! te has dormido de llorar cansada.
Y tienes en tu sueño por cojín
Estas colinas, ora solitarias,
Do huyeron tardes de mi edad feliz.

Mucho lloraste...! En el extraño suelo
Amargo llanto derramé también:
Y soy donde nací casi extranjero!
Si me niegas tu abrigo, adónde iré?

Envejecido en el dolor, ya quiero
Dormir en tu regazo, vega umbría
Do el Cali en sus murmullos repetía
Cantos de mi niñez y amor primero

Sobre la verde falda del otero,
De naranjos cercad la tumba mía,
Do arrullos se oigan al morir el día
Y trisque y zumbe el colibrí pámpero.

«Hallándome en Cali—cuenta Rivera Garrido—hace ya muchos años, una tarde de paseo salimos con Jorge, y nos encaminamos a la colina de *San Antonio*, bello sitio, desde donde se domina el más hermoso paisaje: Cali, coronada de palmeras y en medio de risueñas campiñas, al pie, y lejos, el Valle espléndido con sus llanuras cercadas por la Cordillera Central. Sentados sobre un montón de piedras, ennegrecidas por el tiempo y calcinadas por nuestro ardiente sol, Jorge me mantuvo encantado por más de una hora, narrándome, a grandes rasgos, el argumento de CAMILO. Qué espera usted, le dije, cuando hubo terminado la lectura, para enriquecer con tan preciosa joya la literatura de nuestro país?

—Nuestro país? Cuál, el Cauca?

—Sí, Jorge; el Cauca, el Cauca, le respondí.

—Ah! El Cauca! exclamó con acento de honda amargura, a la cual se mezclaba la vehemencia del amor a la patria. El Cauca!... Lo amo mucho y quiero verlo engrandecido como sus montañas que desde aquí vemos, como sus llanuras y sus selvas, vastas y hermosas, que desde aquí contemplamos. Para mí el Cauca es foco inextinguible de emociones gratisimas. En el Cauca nací y fui niño, en el Cauca amé. Aquí vivieron y murieron mis padres; aquí nacieron mis hijos; el reflejo de este cielo admirable prestó luz a los bellísimos ojos de mi esposa. Y allá, levantándose y mostrándome con la mano extendida, sobre las faldas de la Cordillera Central, los puntos blancos de EL PARAISO, la morada de sus mayores, el escenario de MARÍA, allá quisiera morir, para que mis restos, ocultos bajo las piedras de esos collados, descansaran en el reposo eterno, en contacto perdurable con esta tierra amada. Amo al Cauca, aunque es tan ingrato con sus hijos»...

Son los días crepusculares en que Isaacs, leyendo a María, vuelve por última vez en espíritu al hogar de sus amores, y escribe estos lamentos de suprema belleza, que son como el testamento del poeta, el triste canto del cisne que va a morir:

«Páginas queridas, demasiado queridas quizá!

Mis ojos han vuelto a llorar sobre ellas.

Las altas horas de la noche me han sorprendido muchas veces con la frente apoyada sobre estas últimas, desalentado para trazar algunos renglones más.

A lo menos en las salvajes riberas del Dagua, el bramido de sus corrientes arrasándose a los pies de mi choza, iluminada en medio de las tinieblas del desierto, me avisaba que él velaba conmigo.

Las brisas de aquellas selvas ignotas venían a refrescar mi frente calenturienta. Mis ojos, fatigados por el insomnio, veían blanquear las espumas bajo los peñascos coronados de chontas, cual jirones de un sudario que agitara el viento sobre el suelo negro de una tumba removida.

Aquí el silencio forzado de la ciudad, las paredes de mi pobre albergue por horizonte. Las campanadas del torreón, centinela tenebroso, importunándome con el golpe de las horas en que necesito reposar para vivir...

Vuélta tú, entristecida alma mía; crúza las pampas, salva las cumbres que me separan del valle natal. ¡Cuán bello debe estar ahora entoldado por las gasas azules de la noche!

Ciérnete sobre mis montañas; vaga otra vez bajo esos bosques que me niegan sus sombras...

Como en la orilla juncosa de la laguna solitaria, cuando llega la noche, se ve un grupo de garzas dormidas juntas, en pie y escondidos los cuellos bajo las alas, así

blanquea a lo lejos en medio de sotos umbríos la casa de mis padres.

Descansa y llora sobre sus umbrales alma mía!

Yo volveré a visitarla cuando las malezas crezcan enmarañadas sobre los escombros de sus pavimentos; cuando lunas que vendrán bañen con macilenta luz aquellos muros sin techumbre ya ennegrecidos por los años y carcomidos por las lluvias.

¡No! Yo pisaré venturoso esa morada a la luz del medio día: los pórticos y columnas estarán decorados con guirnaldas de flores: en los salones resonarán músicas alegres: todos los seres que amo me rodearán allí. Los labradores vecinos, y los menesterosos, irán a dar la bienvenida a los hijos de aquel a quien tanto amaban; y en los sotos silenciosos reinará el júbilo, porque los pobres encontrarán servido su festín bajo esas sombras.

Exótico señor de aquella morada, ¿qué mano invisible arroja de allí a los suyos? Sirven las riquezas al avaro para ensañar a los malos contra el bueno; sirven hasta para comprar las lágrimas de una viuda y de huérfanos desválidos. Pero hay un juez a quien no se puede seducir con oro.

No tardes en volver alma mía. Ven pronto a interrumpir mi sueño, bella visionaria, adorada compañera de mis dolores. Tráe humedecidas tus alas con el rocío de las patrias selvas, que yo enjugaré amoroso tus plumajes; con las esencias de las flores, desconocidas de sus espesuras, venga perfumada la tenue gasa de tus ropajes, y cuando ya aquí sobre mis labios suspires, despierte yo creyendo haber oído susurrar las auras de las noches de estío en los naranjos del huerto de mis amores.»

Desde principio de 1895 se agravaron sus dolencias hepáticas, contraídas en las playas malsanas del Atlántico, hasta el 17 de abril en que, a la hora del *Angelus*, cerca del rumoroso Combeima y bajo el resplandor del nevado del Tolima, exhaló el último aliento aquel gran corazón que tanto había palpitado en la vida. Murió pobre y desamparado a los 58 años apenas. El gobierno regenerador de su patria presidido entonces por el vicepresidente Miguel A. Caro, quien había escrito sandeces sobre *María*:

«Es un sueño de amor, mala novela
Según el sabio de ortodoxa escuela» (1)

no quiso honrarse al excelso poeta con un simple decreto de esos que con tanta frecuencia se dictan en Colombia para políticos y chisgarabíes de mediocridad irremediable. Caro, el de los odios satánicos que causaron la guerra fratricida de los tres años y la pérdida irreparable de la integridad nacional; Caro, el mal traductor de la *Eneida*, no podía perdonar, ni más allá de la tumba, el genio al inmortal autor de *María*.

«Si en las noches salpicadas de vampiros que siguieron a su muerte—escribe un estilista colombiano—hubieran ido los habitantes de Ibagué a llevar azucenas salvajes al sepulcro del genial autor del idilio más fresco y más ingenioso que posee la literatura universal, del poeta que ensanchó los dominios del corazón, habrían encontrado, sobre la oscura piedra, el cuervo agorero, el ave negra cuyo siniestro aleteo sintió Efraim el día en que, en un cementerio campestre, cubrió de rosas la tumba de su amada».

Durante la vida, la dicha puede tener su mérito; después de la muerte lo pierde. A los ojos de la posteridad sólo son bellas las existencias ilustres y desgraciadas.

Cornelio Hispano

(Concluirá en el próximo cuaderno).

(1) Versos de una poesía puesta por Isaacs en en el *Album* de una gran dama bogotana.

Adhesiones

Juana de Ibarbourou y el Grupo Aprista Femenino de Costa Rica

Juana de Ibarbourou pliega sus alas de alondra y desciende de las nubes entre las cuales ha estado desgranando las notas más frescas y cristalinas de la poesía moderna, para poner sus pies tiernos sobre la sombría realidad que cubre el suelo de casi toda la América Indo-Hispana.

Nosotras, mujeres que formamos el grupo *aprista* de Costa Rica, nos hemos sentido conmovidas al escuchar a nuestro lado el espíritu de esta criatura musical y buena que nos alienta con su Profesión de Fe⁽¹⁾.

«Nunca he sido combativa, siempre el ensueño me ha tenido presa en su red. En realidad no sé, compañero Seoane, de qué puede servirles una mujer que no tiene el espíritu ni la voz hechos para el combate. Pero el impulso de estar junto a Uds. es incontenible; un recio convencimiento de corazón y de conciencia me empuja al lado de Uds. Háganme un lugar en las filas. Ya veremos luego en qué forma he de ser útil y de qué modo me ganaré el lugar que pido a los trabajadores manuales e intelectuales de América».

Al leer esta declaración suya, el corazón atormentado por el frío del desaliento, se tiende hacia Juana de Ibarbourou como hacia un rayo de sol que calienta porque sí, sin pensar, porque está hecho de luz, y el pesimismo se esconde avergonzado con toda su filosofía comodidosa de sombras propicias.

¡Qué importa que no veamos en nuestros días el replegarse del vitando y supremo interés por el lucro que se tiende como una garra desde el Norte y juega con las Antillas y con esta América Central como un gato con unos ratoncillos!

Sólo muertas e inermes podríamos mirar con indiferencia el desmoronarse de nuestra patria entre las manos de los nativos que la venden y del extranjero que la compra.

Que no se diga que no hemos ayudado al destino a empujar a Costa Rica por una senda que va hacia un futuro inteligente y

decoroso y no hacia la servidumbre que embrutece.

Gracias, Juana de Ibarbourou, por sus palabras.

Carmen Lyra, Clarisa Mora, Luisa González, Ester Silva, Margarita Castro, Graciela Fuentes, Hortensia de Quesada, Rosa Quirós, Beatriz Castro, Angelina Guzmán, Emilia Prieto, Marta Sancho, Carmen Valverde, Lilia Ramos, Rebeca Pérez, María Felicia Benavides, Consuelo Soto, Angela Soto, Adela Benavides, Lilia González, Rosa Salas, Estercita Murillo, Carmen Luke, Carmen Soto, María López, Alizia Arce, Celmira Carballo, Angela Loria, Mina Acuña, Inés Amador, Ninfa Santos, Adelina López, Odalia Flores, Blanca Ramírez, María Isabel Ramírez.

Un aplauso a Mr. Lee

San José, 30 de noviembre de 1928.

A don Enrique Lee.

Pte.

Estimado señor:

Nos hemos enterado del texto de su carta a Mr. Hoover (Vease el cuaderno anterior del *Rep. Am.*) y sentimos que debemos hacer público el sentimiento noble que ha despertado en nosotros la honrada fuerza que encierran sus líneas.

Ojalá todos los americanos del Norte contemplaran nuestros problemas con el interés con que Ud., hijo de los Estados Unidos, los considera!

¡Qué hermano mayor sería entonces su país para nuestras pequeñas patrias y cuán diferente la suerte de todo el continente, desde Alaska hasta el Estrecho de Magallanes!

Permítanos saludarlo como a un amigo inteligente.

POR EL *Grupo Aprista de San José*

ALEJANDRO MONTERO S.

JAIME COTO A.

CARMEN LYRA

EMILIA PRIETO

LUISA GONZÁLEZ

chayote para mi hambre y una palabra cordial para mi alma.

Mas por ahora, aquí estoy sirviendo para algo, y uno ha de vivir ahí donde hace falta. Allá sobra quién haga, quién labre el porvenir y purifique el hoy. Mientras que aquí nadie quiere hacerlo. Sobran inteligencia y saber, sobran imaginación y entendimiento; pero *no hay voluntad*, y la pereza emana de las cosas y de las almas. Así es que mi trabajo es aquí, por ahora, y mientras no surja quien tenga voluntad.

Ha de surgir, sin duda, y no uno sino varios, y entonces iré a regocijarme y a fortalecerme con aquellas palabras y aquellas sonrisas *ticas*, que para mí son tan fraternales.

Entre tanto, GRACIAS!

A. MASFERRER

Un librito de mucho valor para los maestros de Costa Rica

Río Piedras, P. R.
28 de octubre 1927

Sr. D. J. García Monge.

San José, Costa Rica.

Muy estimado señor:

Hace poco publiqué un librito sobre pronunciación española del cual me permito enviarle con esta fecha un ejemplar. Un amigo mío, D. Juan C. Cebrián, de San Francisco de California, creyendo que dicho librito puede ser útil para los maestros que se ocupen de la enseñanza de nuestro idioma, desea repartir gratuitamente algunos ejemplares. Podrían enviarse 250 ejemplares a Costa Rica si usted tiene la bondad de indicarme a qué oficina o persona conviene remitirlos para su más eficaz distribución. Deseamos no enviarlos al azar con el riesgo de que se pierdan sin ningún provecho.

Dándole las gracias anticipadas aprovecho esta ocasión para expresarle el testimonio de mi mayor consideración.

T. NAVARRO TOMÁS

San José, 18 de noviembre, 1927

Sr. don T. Navarro Tomás.

University of Porto Rico.

Río Piedras, P. R.

Mi muy estimado señor Navarro:

Cuanto Ud. escribe sobre pronunciación española goza de autoridad. Espero con ansia el librito que me promete. Y le escribo ya, ya, para manifestarle que la Biblioteca a mi cargo puede hacer en Costa Rica la distribución de que me habla. Si a bien lo tiene, que vengan los paquetes certificados dirigidos a la Biblioteca Nacional y a mi cargo.

En espera de sus muy gratas, aprovecho esta oportunidad para declararle mi admiración y simpatía.

J. GARCÍA MONGE

18 Madrid, octubre, 1928.

Sr. D. J. García Monge,

San José, Costa Rica.

Muy estimado y admirado amigo: Por fin tengo la satisfacción de decirle que en estos días se le han enviado los ejemplares del librito que le ofrecí desde Puerto Rico. Van 250 ejemplares en paquetes certificados y dirigidos a la Biblioteca Nacional y a cargo de usted como me indicaba en su carta.

Se reparten estos ejemplares gratuitamente gracias al interés que don Juan C. Cebrián, de San Francisco de California, ha

Tablero

=1928=

Mr. Hoover, en su discurso del miércoles 28, en el Teatro Nacional, elogió lo que en todo tiempo justamente hemos defendido como periodistas previsores y amigos del país: *la distribución equitativa del territorio costarricense*.

Estas fueron sus palabras:

Vosotros habéis señalado una ruta en la solución de importantes cuestiones sociales, porque vuestra distribución de la propiedad de la tierra es tal, que casi matemáticamente cada familia posee su finca o su casa.

Ah, si este juicio halagüeño sirviera de saludable freno a la codicia de la United Fruit Co. (dueña, en Costa Rica, de 150.000 hectáreas, por lo bajo) y de otros acaparadores de tierras que poco a poco van despojando (*dominio civil* sel lama esto de su

patrimonio común a los costarricenses, con el auxilio eficaz de los abogados, los vicios sociales, la ignorancia incurable (por no decir estupidez), y otros males que nos aquejan.

Porque eso de la *distribución equitativa de la tierra en Costa Rica* ya se va tornando leyenda, una más de las que disfrutamos para la exportación; con el tiempo, será eso informe añejo entre los innumerables que acerca de estas patrias, archiva Mr. Rowe en la Oficina de la Unión Panamericana.

Notas personales

A los costarricenses se les ha hecho hábito ser generosos conmigo. Y no les doy gracias, porque eso me daría trabajo muy frecuente, así son de frecuentes sus bondades.

Ya sé que allá tengo trabajo y pan, cariño y libertad, y que a toda hora que llegue, aun sin aviso, encontraré dispuesto un dulce

(1) *Repertorio Americano*, tomo XVII-N.º 19.

puesto en que mi librito llegue a manos de los maestros de español. Por deseo expreso del Sr. Cebrián se dedican 250 ejemplares a Costa Rica, Nadie más indicado que usted, Sr. García Monge, para hacer que este modesto obsequio lo reciban las personas que mejor lo puedan aprovechar.

Cuente con mi reconocimiento y mi sincera simpatía.

T. NAVARRO TOMÁS

Título de la obra:

Compendio de Ortología Española para la enseñanza de la pronunciación normal en relación con las diferencias dialectales, por T. Navarro Tomás. Prólogo de R. Menéndez Pidal. Madrid, Librería y Casa Editorial Hernando, 1927.

Dice el señor Menéndez Pidal en el prólogo:

El *Manual de pronunciación española* que Navarro Tomás publicó hace unos años y que ha sido ya varias veces reeditado y traducido a otros idiomas, es un eficaz medio de propagar un tipo depurado de pronunciación, el que mejor representa el habla culta y selecta, exenta a la vez de vulgarismo o particularismo familiar y de toda afectación altisonante. Su análisis y descripción de los sonidos se funda siempre en muy detenidos trabajos experimentales de laboratorio o en muy comprobadas observaciones acústicas. Por todas partes en el *Manual* de Navarro Tomás se encuentra esa sólida erudición, ese ponderado acierto y buen gusto que tanto caracterizan la doctrina del autor, y tanta eficacia dan a su enseñanza desde hace muchos años.

Pero ese *Manual* es un libro compuesto especialmente para profesores y estudiantes adelantados. Era preciso darle una forma menos difícil para hacerle llegar a las manos de los maestros de primeras letras y a las de las personas de otras profesiones no relacionadas con la enseñanza.

En la presente publicación el Sr. Navarro Tomás ha logrado presentar en forma clara y sencilla aquella parte de la doctrina de su *Manual* que más necesitaba ser divulgada, descartando lo que no era necesario para el objeto de este otro libro y añadiendo en cambio muchas noticias y observaciones que sólo aquí tenían su lugar adecuado.

Por todo lo anteriormente indicado, considero que un libro como el presente es de grande valor; hasta reviste un verdadero interés social, pues contribuye a la mejor conservación del lenguaje, instrumento de comercio humano que a todos interesa mantener en perfecto estado, sin mellas ni mohos que hagan su funcionamiento más torpe y su uso más duro.

Índice abreviado de la obra:

Indicaciones generales. Nociones de fonética. Observaciones relativas a las vocales. Observaciones relativas a las consonantes.

Queda, pues, el *Compendio de Ortología Española* del Sr. Navarro Tomás a la orden de los maestros de las escuelas y Profesores de Castellano que quieran poseerlo.

Les basta dirigirse al Sr. García Monge y solicitarle el ejemplar.

A los campos se remitirá por correo, gratuitamente.

El epistolario de José Martí

Cubanos preocupados andan ahora recogiendo el epistolario de Martí

con el que se hará una edición; se quiere que tal epistolario sea el más completo de los publicados hasta ahora. Y se nos ruega que por este medio solicitemos a cuantos en América posean alguna carta de Martí, que nos remitan de ella copia fiel, si a bien lo tienen. Publicaremos en este semanario las copias, que a su vez serán aprovechadas en Cuba por los compiladores del epistolario.

Damos el ejemplo. Publicamos la hermosa carta—no sabemos de otra—que José Martí dejó al pasar por este país, tal como salió en *En el Heraldo de Costa Rica* del 9 de Julio de 1893. José Martí llegó a Costa Rica el día último de junio de 1893 y salió para Nueva York el 8 del mes siguiente.

Señor don Pío Viquez.

Mi amigo generoso:

Yo no puedo decir con las palabras, vestidura tantas veces del interés y la lisonja, el tierno agradecimiento con que recordaré siempre la bondad con que Costa Rica ha premiado en mí, viajero humilde y silencioso, *el amor y vigilancia con que los americanos, unos en el origen, en la esperanza y en el peligro, hemos de mantener a esta América nuestra, sorprendida en su cruenta gestación, en los instantes en que por sus propias puertas muda de lugar el mundo.*

Yo no sé decir, en la pena del adiós, el *orgullo y fe de americano* con que he visto cómo, por su raíz de trabajo directo y el vigor de su carácter individual, por la altivez y holgura de su pueblo, criado en la fatiga, de sangre y de luz, del alma contemporánea, *no será Costa Rica, entre las naciones de América, la que llegue a la ciza de los mundos, harto próxima para no disponerse a ella sin el desenvolvimiento y persona nacional indispensables para medirse en salvo con el progreso invasor. Ya han caldo los muros, y el hombre ha*

echado a andar, Qulen no se junte a la cohorte, le servirá de alfombra.

Pero yo tengo con Ud. una deuda del alma. Una justa esperanza me la alienta, *esperanza de americano previsor*, y Ud. me le dió una hora de júbilo y de sostén. Yo llegué ayer, insignificante e ignorado, a esta tierra que siempre defendí y amé, por culta y viril, por hospitalaria y trabajadora, por sagaz y por nueva; y Ud. salió a recibirme, con largueza de poeta, y me sentó a la mesa de la bienvenida entre los hombres cordiales de su patria. Me ví tratado como hermano por los que acaso apenas conocían mi nombre. Brillaron allí a mi alrededor el talento enérgico, la palabra discreta, la lisonjera amistad de quienes no la hubiesen acordado de seguro a quien no trajese al sagrado de su hogar el respeto del huésped y el corazón limpio. Ví en torno mío a hombres plenos y buenos de América. Y gocé, porque *honran y sirven a su pueblo los que aún fuera de justa medida, premian en nombre de él la fe en su porvenir y la fidelidad a sus ideales.*

Sólo de un modo puedo responder a esta merced grande: Y es pedir, a Ud. y a mis amigos de Costa Rica, que me permitan servirlos como hijo.

Nunca olvidará a su amigo Viquez su

JOSÉ MARTÍ

¡Qué bueno sería que meditaran esta carta previsor—profética, digamos—los hombres que en estos días alarmantes, en Costa Rica reflexionan y vigilan! Ojalá nos hagamos, en todo tiempo, dignos del juicio halagüeño que de nosotros hizo Martí y correspondamos a sus *esperanzas de americano previsor*. Nos hemos permitido subrayar lo que más conviene que se reflexione.

La Vida Literaria (Crítica, Información, Bibliografía), el excelente quincenario que saca en Buenos Aires nuestro amigo y colaborador Enrique Espinoza (Rivera Indarte, 1030), ha seguido publicándose. Acabamos de recibir el Número 4, con interesantes colaboraciones de Carlos Pereyra, Horacio Quiroga, Rafael Alberto Arrieta, Leopoldo Lugones, Luis L. Franco. La plana mayor de los escritores actuales argentinos colabora en este afortunado quincenario. Sobriedad, elegancia y selección caracterizan a *La Vida Literaria*. Lo recomendamos.

Disponemos de ejemplares para la venta: a **¢ 0.25** el ejp.

Testimonio.—Amor y fuerza, o armonía interna y valor son polos de la educación: de tal modo aprendía Aquiles del Centauro a la vez que el ejercicio de la lira el de lanzar flechas.—*Juan Pablo Richter.*

Etimología.—*Nada... cosa nacida, algo* (del latín *nata*, participio de *nasci*).—Cita de *M. de Unamuno.*

La Revista de Filología Española ha aportado al Centenario de Góngora interesantes trabajos publicados en el cuaderno 4.º del tomo XIV.

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes,
Ciencias y Educación.
Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. García Monge

Apartado Letra X

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMÍA DE LA REVISTA

La entrega	¢ 0.50
El tomo (24 entregas).....	12.00
El año, para el exterior: 2 tomos de 24 entregas cada uno	(oro am.).... \$ 6.00

Avisos:

La pulgada cuadrada: 20 cts. oro
la inserción.

En el contrato semestral de Avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

En él se insertan, un extenso trabajo de don Dámaso Alonso, en que bajo el título general de *Temas gongorinos*, estudia temas tan sugestivos como los de, I *La simetría en el endecasílabo de Góngora*, II *Góngora y la censura de Pedro de Valencia*, III *Crédito atribuible al gongorista don Martín de Angulo y Pulgar*; y un artículo de don Miguel Artigas, donde a la luz de nuevos documentos se revisa la biografía del poeta.

Don Eduardo María Torner, estudia los *Elementos populares en las poesías de Góngora*, y don Homero Seris *Las ediciones de Góngora de 1633*.

También el señor Alonso da noticia en la Miscelánea de *Un centón de versos de Góngora*, obra de Angulo, y publica una carta inédita del poeta.

Completa el número, además de las *Notas bibliográficas*, una *Miscelánea periodística*, en la que el señor Arteta recopila los trabajos publicados en la prensa con ocasión del Centenario.

Referencias:

¿Cómo exponer la interesante psicología de los conventos, de los conventos femeninos sobre todo, tal como lo expone el estupendo psicólogo Fray Antonio Arbiol en *La religiosa instruida*, maravilla de análisis sutilísimo y penetrante? ¿Quién será capaz de describir punto por punto... toda la refinada, sabia y complicada técnica del misticismo? Hácela don Pedro Zapata y Coronel en su inestimable *Manual místico*, obra sin precio para los devotos y curiosos.—Cita de *Azorín*.

...; y Shaw, «periodista», como él se llama, es eminentemente político, sin duda alguna, y el más político de todos. Recordemos *César y Cleopatra*, sátira maravillosa contra el imperialismo inglés; recordemos *Androcles y el León*, *Las islas de John Bull*, *Los Incas del Perusalem*, *Santa Juana*, *Vuelta a Matusalén*, *Hombre y Super-hombre*...—Cita de *Haya Delatorre*.

Refiriéndose a *La Gitanilla* de Cervantes:

...la ágil y gentilísima narración que abre la serie de sus *Novelas Ejemplares*.—Cita de *José María Chacón y Calvo*.

A este arte eterno pertenece nuestro Cervantes, que en el sublime final de su *Don Quijote* señala a nuestra España, a la de hoy, el camino de su regeneración en Alonso Quijano el Bueno.

Reproduciré y comentaré aquel divino último capítulo de *Don Quijote*, que debe ser nuestro evangelio de regeneración nacional.—Cita de *M. de Unamuno*.

Don Andrés Bello hizo un esfuerzo por sacudir de nuestra gramática ese vicio de origen en aquel monumento admirable de lógica aplicada, en su *Gramática de la lengua castellana*...—Cita de *M. de Unamuno*.

CONTEMPORANEOS

Revista Mexicana de Cultura

EDITORES:

Bernardo J. Gastélum, Jaime Torres Bodet, B. Ortiz de Montellano, Enrique González Rojo

Aparece mensualmente

Un número Dlls. 0.50
Suscripción a 6 Nos. 2.50

Apartado Postal 1811.

MEXICO, D. F.

Bibliografía fitular:

Demos cuenta de los libros y folletos que en la semana hemos recibido de los autores o de las casas editoras:

De la Cia. Ibero-Americana de Publicaciones, Librería FERNANDO FE, Madrid:

La Historia de los dos enamorados Flores y Blanca Flor.

y Lope de Vega: *Peribáñez y el Comendador de Ocaña.*

Vols. 43 y 44, respectivamente, de la serie LAS CIEN MEJORES OBRAS DE LA LITERATURA ESPAÑOLA.

De Eduardo Villaseñor (N. México 101-Ap. 24-79 México, D. F., México):

Los dos primeros volúmenes de los Bibliófilos mexicanos:

Carlos de Sigüenza y Góngora: *Obras*. Con una biografía escrita por Frco. Pérez Salazar. México, Sociedad de Bibliófilos Mexicanos. 1928.

Juan Frco. Gemelli Carreri; *Viaje a la Nueva España*. Trad. por José Mia. de Agreda y Sánchez. México. Sociedad de Bibliófilos Mexicanos. 1928.

De la AGENCIA MUNDIAL DE LIBRERÍA. (Muntaner 224. Barcelona, España):

Ventura García Calderón: *Páginas escogidas*. Con un estudio preliminar de Gonzalo Zaldumbide y Gabriela Mistral.

Ramón Gómez de la Serna: *El caballero del hongo gris* (Folletín moderno).

De los Autores:

De Salvador Novo (Díaz Covarrubias 4. A. México. D. F. México):

Return ticket. Editorial CULTURA. México, 1928.

De Alberto Larran de Vere (Omburucuyá 6884. Bs. Aires, Rep. Argentina):

Vicenta Castro Cambón. Su vida y su obra. 1928.

De Mariano Brull (20 rue Dufrenoy, Paris (16a.):

Poemas en menguante

De Manuel Núñez Regueiro (*Kristermenes*), Profesor titular de Filosofía General en la Universidad de Litoral. (S/c: San Luis 821. Rosario de Sta. Fe, Rep. Argentina):

De nuevo habló Jesús. La vida superior VIII. Buenos Aires. 1928

De Bernardo González Arrili (Av. del Trabajo 2361. Buenos Aires, Rep. Argentina):

El futuro de América. Casa Editorial ARALUCE Barcelona. 1928

De Luis Cardoza y Aragón (7 rue de Belzunce 7. Paris (X):

Carlos Merida. Ediciones de la GACETA LITERARIA. Madrid. 1927

De José Llerena:

Las dos águilas. Drama en verso, en un Prólogo y tres Actos, el último de éstos dividido en cuatro cuadros. San Salvador. El Salvador, 1928.

Del Consulado de Chile en San José, Costa Rica:

Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores correspondiente al año de 1927. Santiago de Chile, 1928.

De la REVISTA BLANCA (Guinardó 37, Barcelona. España):

Han Ryner: *El Ingenioso Hidalgo Miguel Cervantes*. Trad. de J. Elizalde. Barcelona.

Un Abel más malo que Caín, por Aurelio G. Rendón; *El derecho del hijo*, por Fedeca Montseny; *¡No, no, eso no!*, por A. Fernández Escobés; *La pequeña hechicera*, por Angela Graupera.

Títulos nuevos, los cuatro, de LA NOVELA IDEAL.

Hombro contra hombro

San José, 6 de diciembre de 1928.

Al Sr. Haya de la Torre

Pte.

Queremos hacer pública la estimación profunda y el afecto que tenemos por su noble personalidad.

A nosotros no nos conmueve el escandalizado editorialista del *Diario de Costa Rica* y a pesar de la santa indignación que parece animarlo cuando lo llama extranjero, sentimos a Ud. más compatriota nuestro que a todos aquellos costarricenses indiferentes por la suerte de nuestro país o por aquellos que sin conciencia trafican con los bienes nacionales.

Su viaje por la América Latina es considerado por nosotros más *viaje de buena voluntad* que cualquier otro, su viaje que tan bien conoce el sabor de la pobreza, de la incomprensión y de la infamia en su tarea de abrirnos los ojos para que miremos y de armarnos para que combatamos con eficacia. El número de los que tal pensamos es reducido, es cierto, pero Ud. bien sabe que no es en la mayoría en donde es fácil encontrar la verdad. Otra cosa sería si pareciera que el triunfo se inclinaba de su lado.

En la amargura que las calumnias de su prójimo le deben producir, no olvide al *Enemigo del Pueblo* de Ibsen, de quien Ud. hablara la otra noche en su conferencia. Si Ud. se empeña como el Dr. Stockman, en hacer comprender que los infusorios que

pululan en el agua de los baños que animan el comercio de la ciudad y producen ganancia a unos cuantos, envenenan esta agua, con seguridad saldrá apedreado. Hay que hacerse como si tales infusorios no existieran, como si fueran nada más que el producto de la fantasía y no de la ciencia, para poder ser bien visto por los dueños del negocio.

La verdad, de la cual todos queremos aparecer como devotos, debe estar, para tranquilidad de todos, bien cubierta bajo los ricos y pesados mantos de la mentira y ¡ay! de quien trate de descubrirla.

Si Ud. se hubiese limitado a echar incienso a nuestras miserias, muy otra habría sido su suerte y a estas horas no sería Ud. tratado por los justos, de extranjero. Y no olvide tampoco lo que decía aquel que fué llamado EL ENEMIGO DEL PUEBLO por querer librarlo del veneno de los infusorios, al ver desgarrados sus pantalones nuevos: «no hay que ponerse pantalones nuevos cuando que se va a luchar por la libertad y por la verdad».

Estrechamos con cariño sus manos honradas (que han sido acusadas por los honorables de la localidad como que reciben dinero de Méjico para cumplir su campaña) y nos sentimos muy contentos de llamarnos sus amigos.

García Monge, Alejandro Montero S., Carmen Lyra, Rafael Estrada, José María Zeledón, Max Jiménez, Luisa González, Ester Silva, Carmen Valverde, Gonzalo González, Clarisa Mora, Mario Fernández, Lilia Ramos, Eugenio García Carrillo, Víctor Quesada, Mateo Fournier, Octavio Jimenez.

Carta abierta a Porfirio Barba Jacob

=Del Diario de Centro América. Guatemala, octubre 1928=

Señor
don Porfirio Barba-Jacob.
Medellín, Colombia.

Señor Barba-Jacob:

Sé muy bien que hasta mi noble y muy querido y admirado amigo, el gran crítico de arte Rafael Cansinos Asens llamó a mi obra *El hombre que parecía un caballo* un *libelo genial*. No es tal cosa; pero quiero por un momento aceptar el común error. Y entonces clamo:

A mi pedrea de diamantes usted contestó, no digo ya con las claras peladillas del arroyo, sino con un balde de agua sucia. Me ha lastimado y me ha herido el artículo que con el título de *El hombre que parecía un caballo: Ricardo Arenales*, publicó usted en un gran diario colombiano y en el que hace escarnio de mí; escarnio que tiene por escenario la América, desde que *Repertorio Americano* de Costa Rica, que es continental, lo ha reproducido.

En el caso de haber querido yo retratarlo, --un profundo afecto para usted y una honda estimación para usted y para su obra literaria, es decir, dos fuerzas creadoras como lo son todas las del amor, habrían producido la obra que motiva sus insultos. A esta admiración y a este afecto usted respondería con el vilipendio.

Tómese mi libro en toda su extensión por el exégeta más delicado y sensible y no se encontrará una línea que haya sido producida por el desprecio o por cualquier otra de las formas destructoras del odio. Si hay sombra en él es sólo aquella que hace resaltar la luz; si hay personalidad es sólo aquella que aclara la abstracción; si aparece el hombre es solamente en la parte que ayuda a comprender al artista.

Pero no hay libelo en mi obra, ni intento de retratarlo a usted. Yo afirmo enfáticamente que ningún hombre tiene derecho a creerse retratado en una obra de arte, y de que es una vanidad pueril la suya al afirmar que el señor Aretal y Ricardo Arenales son la misma persona. Lo que el artista ve, lo que el artista aprende del mundo sensible de los hombres o de las cosas, le sirve sólo como al velívolo la tierra: de punto de apoyo para remontar el vuelo. El artista toma de éste un rasgo, del otro un gesto, del de más allá un movimiento o un ademán, para formar a su criatura literaria. ¿Quién puede ser bastante osado y bastante necio para dar nombres propios a estos divinos hijos de la imaginación creadora, restringiendo la divina, la absoluta libertad en el arte? Quien procede así es mezquino. ¡Oh, Dios mío, cese ya esta dolorosa, oprobiosa e intolerable encarnación en nombres propios de los incorpóreos seres a que da vida el soñador! Para todas mis obras he tenido este casti-

go. José Meruenda, el héroe de *Las noches en el Palacio de la Nunciatura*, en estos mismos días me ha escrito, desde un país hispanoamericano, una carta que se parece mucho al artículo de Barba-Jacob y José Meruenda no existe más que en mi imaginación. El que se identifica con él es un iluso.

Los hechos ridículos o sublimes de sus contemporáneos son un usufructo legítimo de todo artista. No pertenecen ya al que los ejecutó: son patrimonio universal. Cuan-

do un escritor probo quiere denigrar o ensalzar honradamente, a alguien, debe poner nombres propios.

Y lo terrible es que toda obra literaria, cualquiera que sea su género, es autobiografía. Si yo cuento anécdotas de Rubén Darío no es Rubén Darío el que queda en mis páginas literarias: soy yo mismo en lo que tengo de noble o innoble; de generoso o de mezquino. Y por eso si esta mi carta pública fuera otra cosa que una queja al mal amigo que me traicionó en un mal momento, si quisiera contestar ahora con un libelo a otro libelo, me bastaría, en el ánimo de los inteligentes, con copiar paralelas mi obra y la suya. Esta sería mi defensa y su castigo.

R. Arévalo Martínez

P. S.—Todos los conceptos aplicados en esta carta a *El hombre que parecía un caballo*, pueden hacerse extensivos a *Las Noches en el Palacio de la Nunciatura* en que también aparece el Señor de Aretal.



El traje hace al caballero
y lo caracteriza

y

La Sastrería

La Colombiana

De Francisco A. Gómez Z.

le hace el vestido

en pagos semanales, mensuales
o al contado.

Hay un inmenso surtido de casimires
ingleses. Operarios competentes
para la confección de trajes

Haga una visita y se convencerá

Frente al Pasaje Jiménez
contiguo a la Botica Oriental

San José. C. R. — Teléfono 1283

Los hombres de mejor gusto y más elevada cultura cuidan de su buena apariencia.

LA SASTRERÍA AMERICANA

es la llamada a vestir a toda persona distinguida; porque los trajes que se confeccionan en este taller son garantizados como los mejores del país.

He establecido un *Club de trajes* de insuperable calidad por acciones de ₡ 4.50 c/u.

Una oportunidad para obtener el vestido mejor hecho.

Busque los casimires de la SASTRERÍA AMERICANA son los de más fina calidad.

J. PIEDRA & Hno.

Lado Oeste de Foto Hernández

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica

CULTURA VENEZOLANA

Director: José A. Tagliaferro

Apartado de Correos 293

Caracas.

Cultura Venezolana se publica el día 15 de cada mes en números de 90 a 128 páginas.

En la sección bibliográfica se dará cuenta de los libros de los cuales se remitan dos ejemplares.

Precio de suscripción:

En el extranjero: 5 dólares al año.